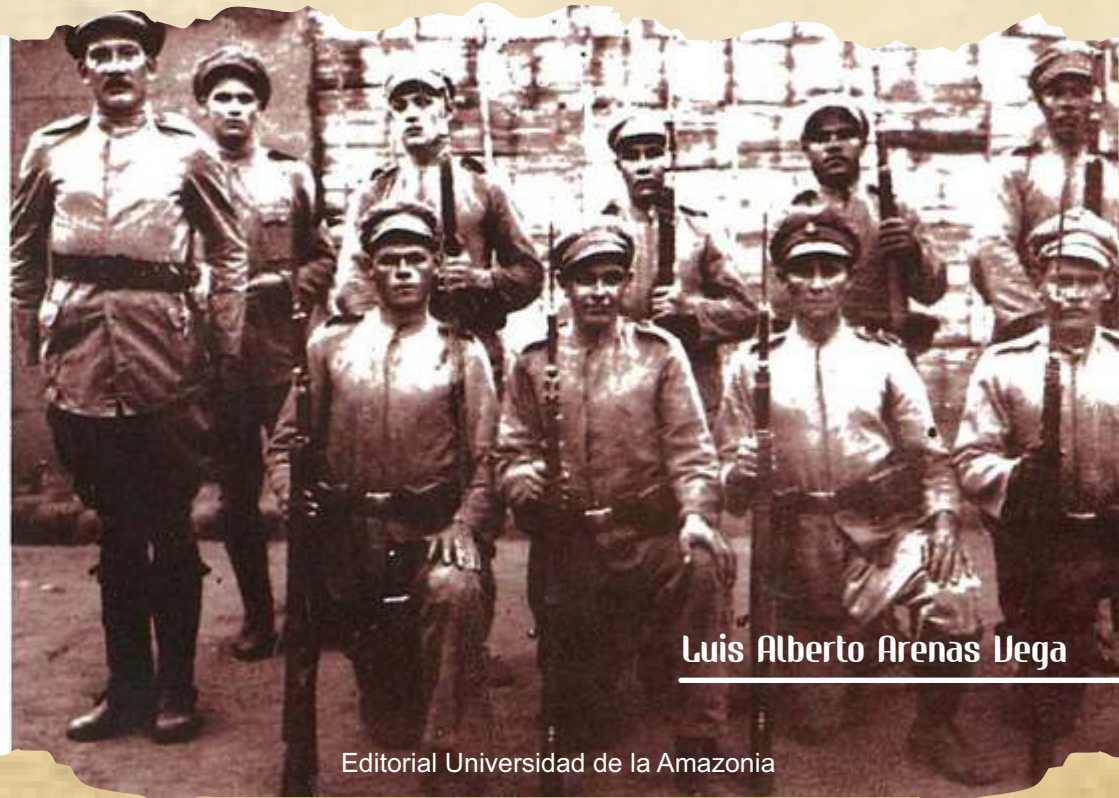


JIRONES DE LA
MEMORIA

CRÓNICAS SOBRE EL CONFLICTO COLOMBO-PERUANO

JIRONES DE LA MEMORIA

CRÓNICAS SOBRE EL CONFLICTO COLOMBO-PERUANO



Luis Alberto Arenas Vega

Editorial Universidad de la Amazonia



JIRONES DE LA MEMORIA

CRÓNICAS SOBRE EL CONFLICTO COLOMBO-PERUANO

JIRONES DE LA MEMORIA

CRÓNICAS SOBRE EL CONFLICTO COLOMBO-PERUANO

Luis Alberto Arenas Vega



Título de la obra:

Jirones de la Memoria - Crónicas sobre el conflicto Colombo-Peruano

Inicialmente publicadas con el título *Doce Crónicas sobre el Conflicto Colombo-Peruano*; en el periódico "Ecos del Maguaré" de Florencia, Caquetá, en 1982

Esta obra deberá ser citada de la siguiente manera:

Arenas Vega, L.A. 2022. Jirones de la memoria - Crónicas sobre el conflicto colombo-peruano. Segunda edición. Editorial Universidad de la Amazonia. 98 pp. Tamaño (14 x 21 cm). Incluye bibliografía.

© Editorial - Universidad de la Amazonia

Autor: Arena Vega, Luis Alberto.

ISBN digital: 978-958-5484-60-3

ISBN Impreso: 978-958-5484-59-7

Número y año de edición: Segunda edición, 2022.

Depósito Legal: Biblioteca Nacional de Colombia.

Impresión y terminación: DVS - Enero 2022.

Portada: Fotografía de Luis Arenas Celis, padre del autor y su escuadrón del ejército colombiano.

Diseño de cubierta y Diagramación: Julian Penagos García.

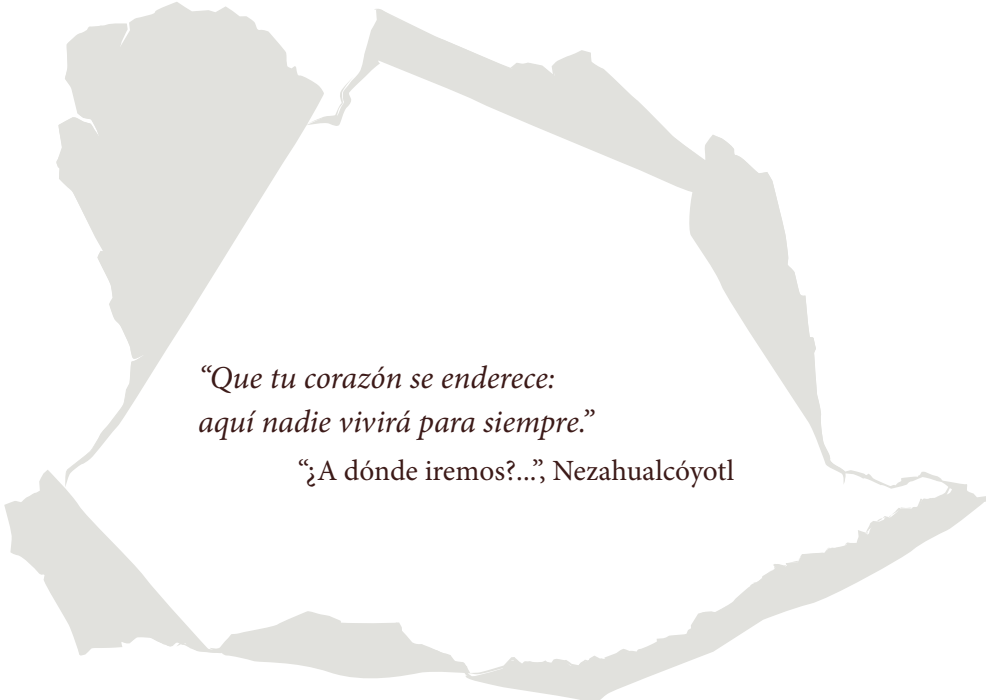
Universidad de la Amazonia
Vicerrectoría de Investigaciones y Posgrados
Editorial Universidad de la Amazonia
Calle 17 Diagonal 17 con Carrera 3F - Barrio Porvenir
Contacto: vinvestigaciones@udla.edu.co
Florencia, Caquetá



Esta obra es publicada por la Editorial Universidad de la Amazonia.

Prohibida la reproducción total o parcial de este con fines comerciales.
Su utilización se puede realizar con previa autorización del editor.

Derechos reservados
©Luis Alberto Arenas Vega



*“Que tu corazón se enderece:
aquí nadie vivirá para siempre.”*

“¿A dónde iremos?...”, Nezahualcóyotl

Acomiztli Nezahualcóyotl, *Antología poética*, Selección y prólogo Harold Alvarado Tenorio, Editorial Tiempo Presente, Bogotá, 1990. Nezahualcóyotl (1402/1469) fue uno de los últimos poetas en lengua náhuatl antes de la destrucción de la civilización azteca por los invasores españoles.

TABLA DE CONTENIDO

	Página No.
Presentación	10
Prólogo a la 2ª edición	12
Prólogo a la 1ª edición	13
1. ... y todo comenzó así	16
2. Leticia por los años treinta	25
3. En las riberas del Putumayo	28
4. La ruta de Florencia	34
5. Un crisol de regiones y temperamentos	40
6. Los huilenses, los primeros en llegar	44
7. Desde los grandes pastizales de los Llanos Orientales	48
8. El Tolima Grande	52
9. En pos del frente	55
10. En la línea de fuego	59
11. La defensa del honor y la inmortalidad de la gloria	63
12. La paz negociada	69
13. El Predio Putumayo	74
14. Los pueblos originarios	81
Bibliografía	97
Agradecimientos	103

NOTAS

1. *Se utiliza el paréntesis < > en las citas, cuando el autor introduce alguna explicación adicional.*
2. *Siguiendo el texto original y para facilitar la lectura se omitió señalar las páginas de las referencias bibliográficas en notas a pié de página. Para una mayor precisión, debe consultarse la sección final “Bibliografía”.*
3. *Las crónicas fueron publicadas en el periódico quincenal “Ecos del Maguaré”, ediciones No. 249 a 261, correspondientes a los meses de abril a septiembre de 1982, Florencia, Caquetá. El archivo histórico de este quincenario reposa en la Biblioteca de la Universidad de la Amazonia, Florencia - Caquetá, Colombia.*

PRESENTACIÓN

La parte esencial del texto que constituye el presente libro se publicó durante el primer semestre de 1982 con el título de *Doce crónicas sobre el conflicto* en el periódico “Ecos del Maguaré”, editado en Florencia, Caquetá, por Antonio López Ocampo. Se escribieron con motivos del 50° aniversario de la Guerra del conflicto colombo-peruano y del año de la departamentalización del Caquetá, ley expedida según la Constitución de 1886 que aún estaba vigente.

Algunas correcciones menores se han incorporado al original y ampliado varios párrafos para introducir explicaciones adicionales. Se aprovecha de la misma manera para incluir referencias bibliográficas, que al momento de la publicación periodística aún no habían sido dadas a la luz pública.

Como telón de fondo se hace referencia a la violencia que ha imperado en las vastas regiones de la Amazonia colombiana y que han sido origen de casi todas las tribulaciones que han padecido. “Las violencias” de la quina, del caucho, de la madera, de la coca y de la insurgencia armada han utilizado las mismas trochas ancestrales para sus desplazamientos hasta el día de hoy.

Pero contrario a lo que pueda creerse, aún está por estudiarse detalladamente hechos tan dramáticos como la desaparición de pueblos indígenas pobladores de la selva húmeda tropical del sur del país, jesa tragedia humana que además significa la destrucción de una lengua y de toda su cultura! Tal el caso, por ejemplo, de la aniquilación de los pueblos de los resígeros y de los carijonas asentados en las serranías del

Chiribiquete, en la zona cercana a los raudales del Araracuara del río Caquetá, hacia 1900-1910, en plena época de las caucherías y narrada por el investigador Roberto Franco. Por fortuna, existen centros de investigación privados y públicos, como los de la Universidad Nacional de Colombia, que deberían abordar investigaciones sistemáticas de semejantes hecatombes.

Este conocimiento es aún más necesario en una sociedad como la nuestra donde desde la Colonia se ha sostenido y mantenido como política estatal en la búsqueda de una presunta estabilidad social, el disfrazar los reales problemas con “cortinas de humo” o señalar a otros para proteger a los verdaderos culpables de tragedias sociales. Se ha impedido así, aprovechándose de un medio profundamente iletrado y geográficamente diverso, el saber la verdad y la magnitud de los conflictos sociales, tan locales, profundos y complejos, nacidos con el exterminio de las culturas aborígenes y prolongados luego con el surgimiento de grupos particulares específicos.

Las personas que fueron entrevistadas o cuyos testimonios han sido tomados de manera directa para estas crónicas ya han muerto y de ellos sólo nos quedan sus vivencias y recuerdos. Sus puntos de vista muchas veces no concuerdan con la historia oficial, pero eso es apenas natural cuando se acepta que la realidad tiene muchas facetas y que la historia es subjetiva. Sus apreciaciones forman parte de lo que en la ciencia histórica se llama “historia oral”.

Nos ha parecido al autor y al editor de la presente impresión en formato de libro, que la recuperación de las siguientes notas tienen la importancia de preservar la memoria de quienes intervinieron en los hechos narrados, en especial de nuestros padres, pues tales eventos marcaron el hito decisivo que los trajo a las tierras amazónicas y a permanecer en ellas para siempre.

Luis Alberto Arenas Vega
Bogotá, septiembre del 2009

PRÓLOGO A LA 2ª EDICIÓN

Por amable iniciativa de la Universidad de la Amazonia y de su Rector se publica la segunda edición de este corto texto sobre los recuerdos de los protagonistas de la “Guerra del conflicto” que incorporó de manera definitiva los territorios amazónicos colombianos a nuestra nacionalidad.

Cumple así el Alma Mater con uno de sus primordiales objetivos cual es el de participar activamente en la conservación de la memoria histórica de los lares locales a los que se debe y pertenece.

Desde la fecha de su publicación original se han dado a luz amplios y profundos estudios académicos sobre la contienda señalada, pero juzgamos que documentos de “historia oral” como el presente son complementarios a esas sesudas investigaciones y cumplen el papel adicional de llegar a auditorios populares más amplios.

El “Epílogo” de la primera edición se ha modificado para dar cabida a dos capítulos adicionales que por el tema que abordan merecen figurar como apartados autónomos, agregándole al último información muy relevante. El resto del texto se mantiene en su escritura original.

Luis Alberto Arenas Vega
Bogotá, septiembre de 2021

PRÓLOGO A LA 1ª EDICIÓN

El primero de septiembre de 1932, con la toma de Leticia por los peruanos, se inició la guerra colombo-peruana conocida por los habitantes del Putumayo, Caquetá y Amazonas como la “guerra del conflicto”.

De tal manera que el año de la departamentalización del Caquetá coincide con los 50 años de iniciada lo que finalmente fue una movilización general del país para la reconquista de estas vastas regiones que permitió el descubrimiento primero y un gran impulso a la colonización después.

Por aquellos tiempos «todo era patético. Ya no eran los periodistas, ni los pensadores, ni los conductores, ni los estadistas, los que hablaban. Hablaba el espíritu nacional de esa época suprema», según relata el corresponsal de guerra Luis Molina Mendoza en su libro de crónicas *En la línea de fuego*, editado en 1934.

Con tal propósito se publicarán doce crónicas, la primera de las cuales hará un recuento histórico de los sucesos de la contienda, y las restantes serán el testimonio de dos

protagonistas a través de cuyas experiencias vitales se irá desenvolviendo el teatro de los acontecimientos, y cumplir así el designio que según el poeta debe responder la crónica:

*«Piedra en la piedra, el hombre, dónde estuvo?
Aire en el aire, el hombre, dónde estuvo?
Tiempo en el tiempo, el hombre, dónde estuvo?»*

Será entonces como un homenaje a los voluntarios y conscriptos del conflicto. Anónimos en la guerra. En la paz, los últimos. En el recuerdo siempre.

El trabajo será colectivo merced al esfuerzo de un grupo de investigadores, por así llamarlos, que están buceando en los archivos de la Asociación Colombiana de Veteranos-ASCOVE, en los archivos de la Semana Cultural de Florencia y en varias fuentes y testimonios privados, además de la consulta obligada en los libros y textos respectivos. El interés surge en que la mayoría de ellos, tal es el caso del autor de estas crónicas, forman parte de la primera generación de los descendientes de quienes fueron combatientes y luego colonos del Caquetá. Es devolverse a través de los jirones del tiempo, dispersos en los recuerdos colectivos, en pos de las fuentes primigenias.

Queremos cumplir a nuestro modo el papel que describe don Pablo Neruda en el poema XII de su *Canto general*:

*«Yo vengo a hablar por vuestra boca muerta.
A través de la tierra juntad todos
Los silenciosos labios derramados
Y desde el fondo habladme toda esta larga noche
Como si yo estuviera con vosotros anclado,
Contadme todo, cadena a cadena,*

*Eslabón a eslabón, y paso a paso,
Afilad los cuchillos que ya guardasteis,
Ponedlos en mi pecho y en mi mano,
Como un río de rayos amarillos,
Como un río de tigres enterrados,
Y dejadme llorar, horas, días, años,
Edades ciegas, siglos estelares.*

Dadme el silencio, el agua, la esperanza.

Dadme la lucha, el hierro, los volcanes.

Apegadme los cuerpos como imanes.

Acudid a mis venas y a mi boca.

Hablad por mis palabras y mi sangre.»

Luis Alberto Arenas Vega
Bogotá, enero de 1982

Capítulo 1

...Y TODO COMENZÓ ASÍ

El diario “El Comercio” de Lima informó en los primeros días de septiembre de 1932, de la izada por la población de la bandera peruana en el pequeño rancharío de Leticia, según despacho de su corresponsal en la provincia de Loreto. “El Tiempo” de Bogotá sólo hasta el 6 de ese mes conoció y publicó la noticia de la prisión del intendente Alfredo Villamil Fajardo y demás empleados oficiales, de acuerdo a versiones procedentes de la capital peruana.

El gobierno colombiano habiendo perdido el contacto con su representante en Leticia, que era la capital de la Intendencia del Amazonas, hace eco a tales rumores de origen peruano que propalaban la especie de «una conspiración comunista». No sé si fue la primera vez de tan socorrido expediente de levantamientos financiados por el «oro de Moscú», como era buen decir por esos años, pero lo cierto---poco después se pudo se pudo establecer--- su verdadero origen estuvo en los círculos de los grandes caucheros, los conocidos “barones del oro negro”.

De todas maneras el presidente colombiano Enrique Olaya

Herrera dicta el decreto 1451 en cuyo único artículo «por haberse producido desórdenes de alguna importancia en el puerto de Leticia, en la Intendencia del Amazonas, declárase cerrado dicho puerto al comercio nacional y al internacional mientras se restablece la normalidad.»

El 30 de octubre de 1932, a los dos meses, el intendente Villamil narra los verdaderos hechos del levantamiento de la población peruana vecina al puerto. Entre los móviles se entrecruzan los intereses “feudales” de los caucheros sobre tierras y aborígenes y los del Estado peruano que avizoró la oportunidad para desconocer indirectamente la plena soberanía de Colombia sobre tales territorios, oficialmente recibidos en 1930 en aplicación del Tratado Salomón-Lozano.

Según el periódico “El Comercio”, el primer jueves de septiembre del 32, a las cinco de la mañana, patriotas de la localidad de Caballo-Cocha, todos arrendatarios de la hacienda La Victoria y otros residentes en Leticia o provenientes de Iquitos, se apoderaron del pequeño puerto sin resistencia alguna, aprisionaron a las autoridades y «reivindicaron para el Perú del despojo de tierras ilegalmente cedidas a Colombia».

Las fuentes periodísticas colombianas son más exactas: la maestra huilense Agustina de Villa que trabajaba en La Victoria contará que “el movimiento” fue encabezado por los señores Isidro Ruiz y Jorge Giles, administradores de la hacienda, secundados por los ingenieros Oscar Ordóñez y Burga Cisneros. Según el relato de Villamil al periódico “El Tiempo”, participaron 213 personas en los acontecimientos de aquel día: «... 96 individuos de Caballo-Cocha eran reservistas; de la población de Chimbote, 30 soldados de los cuales más de la mitad componían la guarnición de aquel lugar y cuyo comandante era el alférez De la Rosa; de las islas de Yahuma, Tigres, Zancudo y Cacao, situados frente a La Victoria, se reclutaron 40 individuos, que fueron reforzados por 6 más que se tomaron de tal hacienda.»

Con cierta ingenuidad se hace caer en cuenta que de los 500 habitantes de Leticia, 450 eran peruanos y que el día de los hechos habían 33 colombianos, 14 de ellos se desempeñaban como colonos-policías y el resto lo componían funcionarios de la administración pública, como el alcalde Heriberto Uribe y unos pocos particulares con mujeres y niños. La dotación de la policía estaba constituida por 12 fusiles buenos y uno dañado, 360 cartuchos en mal estado debido a la humedad del clima, ocho revólveres y una carabina Winchester.

No cabe duda que los hilos secretos estaban en las manos de la Casa Arana, como se conocía popularmente a la firma comercial “Julio C. Arana & Hermanos” constituida en Iquitos en 1903. Compañía que mediante su ejército y armada propios esclavizaba a los indígenas y controlaba férreamente la franja entre la parte baja de los ríos Caquetá y Putumayo, en los territorios colombianos. El Dr. Enrique Vigil, propietario de La Victoria, estaba vinculado a un proceso de pago de impuestos, deuda de la que jamás se volvió a hablar. Para La Victoria y la Casa Arana trabajaban los ingenieros, administradores y demás personal involucrado en los hechos de ese día de septiembre, como Vigil mismo lo narró a diarios peruanos y después a Luis Eduardo Nieto Caballero.

Una reciente versión de un biógrafo de Julio Arana narra así los hechos, de una manera ligeramente distinta, pero coincidente en lo fundamental: «Lo primero que entendieron los patriotas fue que deberían tomar una guarnición militar colombiana, fuertemente pertrechada. Era un acto de guerra que debía ser cuidadosamente planeado, ya que las fuerzas civiles peruanas que intervendrían eran inferiores en número a las colombianas: cuarenta y ocho loreanos contra ciento veintisiete colombianos. Desde el inicio, la Junta Patriótica <Junta de reciente creación en Iquitos> se propuso evitar el derramamiento de sangre y los abusos y, en caso de triunfar, enviar de inmediato a los

colombianos apresados al Brasil. Necesitaban armas. Manuel Morey ofreció doscientas carabinas Winchester que tenía en su fundo del río Tapiche; Julio César Arana, a través de su hijo Luis, envió cuarenta y cuatro carabinas que fueron reconstituídas por dos mecánicos; la casa Strassberg & Power suministró las balas. El plan se llevó a cabo en el mayor de los silencios y los conjurados despidieron al contingente que partió de Iquitos el 31 de agosto a las siete y media de la mañana en dos batelotes, un bote a motor y dos canoas. En la isla Yahuma se unieron más efectivos. Decidieron asaltar por sorpresa a la guarnición militar de Leticia a la madrugada del día siguiente. La moral del grupo debe de haber sido alta, ya que en un abrir y cerrar de ojos tomaron la guarnición, a las cinco de la mañana del 1 de setiembre de 1932, con un ataque sorpresa por diversos flancos. El comandante colombiano Luis Acevedo Torres no tardó en entregar espada y bandera a los atacantes. Leticia pertenecía nuevamente al Perú.» (Ovidio Lagos, *Arana, el Rey del caucho*, p. 367).

Más adelante recapitula, p. 371: «Los Arana --Julio César, su hijo Luis y su hija Lily-- fueron los responsables directos de la Toma de Leticia <sic> y de que ese hecho se transformara progresivamente en un conflicto bélico. Si bien la Junta Patriótica de Iquitos incluía a dos miembros de la familia Morey y al ingeniero Oscar Ordóñez --propuesto por el cauchero--, Pedro del Águila Hidalgo, otro de los integrantes, era yerno de Arana. Seis millones de hectáreas que se les escapaban de las manos, junto con la incertidumbre que Colombia jamás indemnizaría al propietario, eran motivos más que suficientes para tomar las armas y luchar. El énfasis que se ponía en que la toma de la guarnición colombiana en Leticia había sido obra de civiles, desconcertó, al comienzo, al propio gobierno de Bogotá, hasta que pronto descubrió las verdaderas intenciones del Perú.»

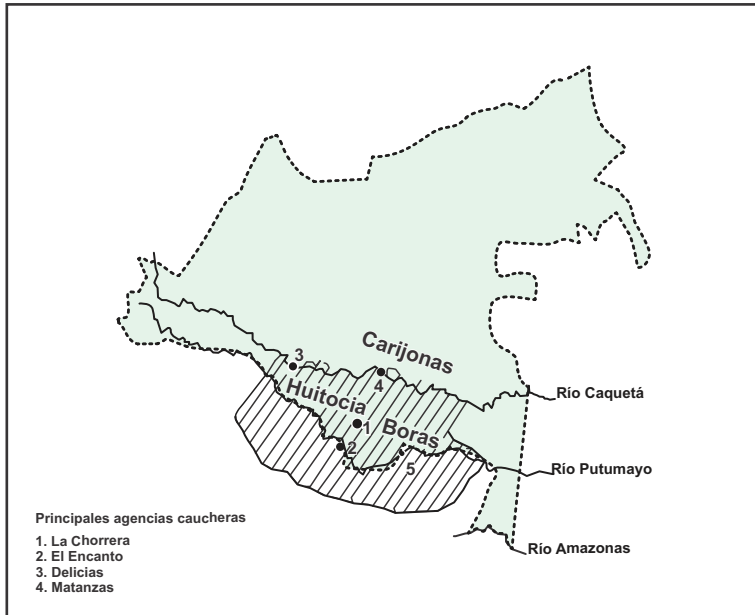
Debe recordarse la existencia de una opinión internacional enterada del “infierno verde”. Pedro Gómez Valderrama en su

narración de las andanzas en las caucherías del afroamericano John Brown, nacido en Chicago, consigna: «Son muchos los libros publicados a principios del siglo, y luego en la época del conflicto colombo-peruano, en los cuales se hace el inventario minucioso de los crímenes que patrocinó la Casa de don Julio Arana en la región del Putumayo. Desde el *Libro Azul* de Sir Roger Casement; el *Libro Rojo*, publicado poco después en inglés <de Norman Thomson>, y luego en español en Bogotá <1913>. *Las crueldades en el Putumayo y en el Caquetá* de Vicente Olarte Camacho <Bogotá, 1911>...»

El *Libro azul* de Sir Roger Casement, cónsul inglés en Río de Janeiro, fue la publicación del informe oficial presentado al parlamento inglés en 1911, quien ordenó una investigación sobre la *Peruvian Amazon Rubber Company Limited*, empresa constituida en 1907 en Londres por Julio Arana y Hermanos. A partir de diciembre de 1908 fueron puestas en venta al público acciones de la compañía. El origen de los debates en el parlamento inglés estaba en las revelaciones del ingeniero norteamericano Walter Hardenburg publicadas en la revista inglesa “Thuth” en 1909. En 1912 aparecieron recapituladas como libro con el título *El Putumayo, el Paraíso del Diablo*, y uno de los directores de ese semanario Sydney Paternoster editó *Los dueños del Paraíso del Diablo*. En ellos se demostraba que el dinero inglés estaba implicado en las caucherías del Putumayo (Figura 1).

Hasta el papa Pío X en su encíclica *Lacrimabilis Status* del 7 de junio de 1912 exhortaba a los obispos y gobiernos de América Latina a aunar esfuerzos para poner término a tales crímenes. Finalmente, José Eutasio Rivera publicaba en 1925 *La Vorágine* donde se describía las crueldades sin límites en los siringales, en la búsqueda de la balata y el jebe.

El escándalo adquirió dimensiones mediáticas mundiales y siempre se hizo referencia a estas regiones como peruanas, no obstante que las incursiones para “reducir indígenas” alcanzaban



Elaborado por el autor - Editado por Julian Penagos

Figura 1.

Principales agencias caucheras, Predio Putumayo de la Casa Arana.

los ríos Yari y Caguán, para sólo nombrar los principales y que estaban en la Comisaría del Caquetá. La *Peruvian Company* se declaró en quiebra, se nombró liquidador a Julio Arana y oficialmente se extinguió en 1920.

Pero las actividades de los Arana en la extracción de la goma y sus atropellos continuaron hasta cuando la presencia de las tropas colombianas en el conflicto del 32, produjo la desbandada final de los administradores y secuaces de la Casa Arana, esa gigantesca bestia obscena, como han sido calificada. Los mandos de las tropas expedicionarias estuvieron acantonados en las edificaciones de la administración de las caucherías, como en El Encanto y La Chorrera. Las instalaciones, conservadas como recuerdo histórico, pertenecen hoy a los resguardos indígenas de

esa zona. Sin embargo, aún en los años 40s se capturaba a los indígenas para trabajos domésticos como lo presencié mi hermano Plutarco en una correría en búsqueda de unos caucheros perdidos que hizo aguas arriba del río Caguán en el año 1944; cuando los encontraron venían con un pequeño indígena uitoto amarrado de las manos. Éste se fugó semanas después.

En 1930 se producía un cambio de “régimen” en Colombia que llevaría al país de la hegemonía conservadora, nacida 50 años atrás con la Regeneración de Núñez, a la república liberal. Era comprensible que en las caucherías surgiera cierto desasosiego y miraran al gobierno militar de Lima, ausente de nubarrones parlamentarios como los debates gaitanistas sobre las bananeras, realizados poco tiempo antes en el altiplano bogotano.

El fácil argumento de la “conspiración comunista” buscaba tender una cortina de humo para ganar tiempo como tantas veces ha ocurrido en la historia reciente de las repúblicas latinoamericanas. Los hechos no eran obra de un grupo de rebeldes. No fue tampoco, y no podía serlo, inspirado en el simple aunque justo anhelo regional. Fue el producto, tales son los hechos aún no desmentidos, de la mentalidad feudal de los “barones del caucho” asentados en el departamento peruano de Loreto.

En la Biblioteca Nacional de Colombia reposa el documento *Labores de las misiones del Caquetá 1930-1931* de Fray Gaspar M. Moncomill en cuya página 109 se lee lo siguiente: «El número de habitantes <blancos> suma algo más de 6.000, y todas las tribus estás sometidas a la Casa Arana.»

Una vez más en la historia de las repúblicas nacidas del insomne brazo de Bolívar, Colombia daba una imagen libertaria y sobre ella se confabulaban mezquinos intereses. Pero, como se dice, ¡no pasarían de ser sino embrujos de la selva! El golpe de

muerte para esos “civilizadores” vino con el advenimiento del caucho sintético. El caucho, se conoció primero en las selvas de la América Central y de la Amazonia, fue llevado por los ingleses a sus colonias del sudeste asiático en las décadas finales del siglo XIX, en donde comenzó a explotarse. A partir de la Primera Guerra Mundial los precios comenzaron a bajar de manera sensible y en 1930 la firma norteamericana Du Pont descubrió el caucho sintético, el neopreno. Durante la Segunda Guerra Mundial, la producción de caucho sintético superó largamente al natural. Este desenlace menos doloroso aunque más prosaico, dio al traste para siempre, en los territorios amazónicos, con un período de vergüenza y de ignominia.

Las tierras de la región amazónica colombiana han padecido por los menos tres períodos de aguda violencia, que incluyó la esclavitud, y dos más, depredadoras del medio ambiente, todas en la vida republicana contemporánea.

La primera fue la época de la explotación de la quina, proveniente del árbol llamado cinchona, a mediados del siglo XIX, cuya mano de obra esclava circulaba por las trochas que terminaban en San Vicente del Caguán y en el río Orteguaza, según cuenta el historiador Roberto Pineda en su *Historia oral y proceso esclavista en el Caquetá*. Concluyó cuando se descubrió en Europa la quinina, o quina sintética.

Después viene la ya señalada época cauchera. El antropólogo y médico australiano Michael Taussig distingue tres formas de esclavitud impuesto a las etnias indígenas por los caucheros: “El trabajo forzado asociado al sistema de peonaje por deuda de los varones indios que trabajaban el caucho; el concubinato de indias jóvenes y por lo general solteras---muchos, si no la mayoría de los empleados de Arana se decía que disponían de cinco a quince de ellas simultáneamente; y la adquisición por la fuerza o por trueque de niños indios para ser vendidos como sirvientes en Iquitos...” (*Chamanismo, colonialismo y el hombre*

salvaje, p. 89) Taussig demuestra que sobre esta “economía del terror” se desarrolló su correspondiente “cultura del terror”. Como resumen, baste señalar, que hay acuerdo entre los investigadores que la “fiebre del caucho” de la Casa Arana causó entre 30 y 40.000 muertos, una medida del “terror” señala Taussig, sólo en las etnias de los boras y uitotos, en la región conocida como la Huitocía, durante los años 1900-1910, lapso de mayor explotación del látex. Para el año 1988, según el investigador Roque Roldán Ortega en el artículo *Reconocimiento legal de tierras a indígenas en Colombia*, de los boras sólo quedaban 388 personas y de los uitotos 5.939.

En las décadas de los años 40 y 50, la época maderera, cuando el administrador del aserradero era el señor de “horca y cuchillo”. Al agotarse los árboles de madera fina llegó el ocaso de estas explotaciones, como ocurrió con el de las pieles de animales. La más reciente, la de la insurgencia armada y la de la coca, está aún inconclusa.

Capítulo 2

LETICIA POR LOS AÑOS 30

El origen del conflicto, guerra nunca declarada entre el Perú y Colombia, estuvo centrada en el humilde caserío de Leticia, enclave colombiano en la Amazonia recientemente reconocido como tal. Su población alcanzaba los 500 habitantes de los cuales el 90% eran peruanos. El censo levantado en la margen colombiana del río, desde el Atacuarí hasta la bahía Lorenzocayo incluyendo la quebrada Boyansú, da cuenta de 188 casas con una población de 1.644 habitantes, según el informe de *Labores de las misiones del Caquetá 1930-1931*.

Históricamente la cuenca hidrográfica del Alto Amazonas perteneció al imperio del Cuzco y de hecho muchos de los dialectos son variantes del inca; posteriormente el descubrimiento del río dependió del Virreinato del Perú. Por estos días se ha exhibido en Bogotá una bella película del ya famoso director oeste-alemán Werner Herzog titulada “Aguirre, la ira de Dios” que va describiendo el derrumbe físico de una expedición exploradora del Amazonas y el aniquilamiento psicológico de su jefe Lope de Aguirre a medida que descienden de los Andes y aguas abajo sucumben en busca de Eldorado.

La leyenda de Eldorado subsiste a nivel popular con muchas variantes. En la Primera Semana Cultural de Florencia en 1964 presenté una narración que me contó doña Felicinda Bastos titulada *Un episodio de nuestra selva* y publicado luego en la revista “El Futuro” del Instituto La Salle, sobre este tema, sucesos ocurridos en Puerto Leguizamo. A comienzos del presente siglo el control efectivo de esas vastas zonas corría a cargo de las compañías caucheras afincadas en Manaos e Iquitos, puertos sobre el río Amazonas del Brasil y Perú respectivamente.

El reconocimiento internacional de Colombia como país ribereño del Amazonas quedó plenamente establecido en el tratado de límites de Salomón-Lozano firmado por el gobierno de Abadía Méndez (1926-1930). Los territorios en litigio fueron oficialmente recibidos el 18 de agosto de 1930, por la comisión presidida por el coronel Luis Acevedo y por el capellán Fray Bartolomé de Igualada, desplazada desde 1929. La ley 2 de 1931 erigió en Intendencia la región que hoy comprende la Comisaría Especial del Amazonas (Figura 2).



Elaborado por el autor - Editado por Julian Penagos

Figura 2.
Mapa de la Amazonía Colombiana.

Los hechos demuestran que la historia de Leticia antes de 1930 fue una gesta de peruanos. El doctor Genaro E. Herrera en su libro *Leyendas de Loreto* trae el relato de su fundación por el capitán Benigno Bustamante, gobernador político del distrito de Loreto, el 25 de abril de 1876 con el primitivo nombre de San Antonio.

Jorge Wills Pradilla en un artículo para el periódico El Tiempo del 10 de octubre de 1932, cuenta que a finales de ese año de 1876, el 15 de diciembre, el ingeniero peruano Manuel Cachón para congraciarse con su prometida Leticia Smith, inglesa de origen, le cambió el nombre quedando así definitivamente.

Como colofón, la señorita Smith nunca fue del ingeniero Cachó y Leticia formó parte para siempre de la heredad colombiana, pero antes los hados decidieron que ocurriera una tragicomedia.

Capítulo 3

EN LAS RIBERAS DEL PUTUMAYO

La presencia colombiana en la región del Putumayo fue no solo más clara, con respecto al llamado trapezio amazónico, sino predominante en todos los aspectos, debido a su cercanía relativa a Pasto.

En 1919 se aprobó adelantar un plan de colonización de las regiones altas de los ríos Caquetá y Putumayo, a cargo del Ministerio de Gobierno. Se sabe que el 12 de enero de 1920 desde Puerto Asís salió una expedición a bordo de canoas con el propósito de fundar la colonia de Caucajá, en la guerra rebautizada Puerto Leguizamo, dirigida por el comisario del Putumayo Braulio Erazo Chávez, Fray Estanislao de la Corts y el médico de sanidad de Puerto Asís Nicolás de la Peña.

Mocoa, el más importante centro al comienzo de las acciones bélicas, había adquirido notoriedad durante el gobierno del general Rafael Reyes (1904-1909) como lugar de confinamiento para presos políticos, hazaña que intentaría repetir el general Rojas Pinilla en La Tagua sobre el margen derecho aguas abajo del río Caquetá, pero su construcción no llegó a concluirse por la oportuna denuncia de Salomón Figueroa en 1956. Samuel

Figueroa, padre de Salomón, había sido guía de tropas en la zona de Leguizamo y Chavaco, frente a Güepí.

Molina Mendoza, uno de los buenos corresponsales de esta guerra, consigna el siguiente comentario en su diario para el 14 de marzo de 1933: «Allá en la esquina está la casa que ocuparan años ha los prisioneros políticos de la dictadura del general Rafael Reyes. La casa está destruida. No son sino ruinas. Las madreselvas, es lo único que mantiene en pie a ese resto de construcción pobre... Como en Sibundoy, hay buen edificio para la comunidad misionera y para la administración comisarial. No podían faltar tampoco, ni el pequeño templo ni la pobre escuela. Aquí es la sede de la jurisdicción política y administrativa. La casa de la comisaría es muy buena, y ahora se ha cedido al gobierno militar. Hay fábrica de licores. No destilan sino aguardiente. El montaje es malo y rudimentario. Pero, en fin, hay monopolio rentístico.»

Colombia movilizó sus tropas principalmente por vía terrestre y por el Océano Atlántico y el río Amazonas hasta Manaos. Tres eran las rutas terrestres: Pasto-Puerto Asís: 214 km; Popayán-Santa Rosa-Puerto Asís: 289 km; y Neiva-Florencia: 320 km.

La ruta Pasto-Puerto Asís, la más activa, atravesaba los poblados de El Encanto, Santiago, Las Casas, Sucre, San Francisco, Mocoa y Puerto Umbría. Era un mal camino de herradura trazado en épocas de la conquista que se recorría en 15 días. Los indígenas llamaban a la trocha Pasto-Mocoa “El camino de los micos”, famosa por lo intransitable. Los frailes capuchinos se propusieron mejorarla y lo lograron hacia 1910 siendo conocida desde entonces como “El camino de los capuchinos”. Antolín Díaz en *Lo que nadie sabe de la guerra* anota que «aproximadamente 1.900 bestias transitaban la vía de Florencia y la de Pasto-Puerto Asís.» Fue el principal medio de transporte del ejército: «Compraron mulas a \$30 y \$35 cada una. Las compraron

en el Huila y Tolima.» Puede afirmarse que fue una contienda a “lomo de mula”, a escasos ocho años de la “última carga de caballería” en la historia, protagonizada por el ejército polaco frente a la caballería motorizada de las divisiones Panzer del III Reich alemán.

Puerto Asís ofrecía un «paisaje amplio y espacioso río. Cuadrado de una hectárea, con un cruce de dos callejas. Edificio alto y grande de la comunidad capuchina; de un lado, iglesia y escuela, del otro, mecánica y carpintería; al fondo, el hospital, frente, una plazoleta, por otros extremos, el comando y el casino, el cuartel y el almacén; luego, la administración nacional y la oficina telegráfica, el corregimiento y el estanco. Como resto, casitas de colonos y civiles; un poco de comercio menudeo y otro tanto de mala alimentación.»

A lo largo de los frentes occidental (Güepí-Puerto Leguízamo) y oriental (Puerto Leguízamo-Tarapacá) de cerca de 1.600 kms estaban diseminados una veintena de guarniciones que no pasaban de ser ranchos pajizos de unos pocos soldados. Los que adquirieron mayor notoriedad fueron el de Chavaco frente a la posición peruana de Güepí; Cauayá, hoy Puerto Leguízamo, y Tarapacá, junto con Leticia las únicas posiciones tomadas por los peruanos. «Chavaco no representa más que una miserable casita de un colono llamado Otoniel, que ha cedido su apellido al lugar y su propiedad al gobierno. Lo demás es una larga lengua de tierra lamiendo la ribera izquierda del río [Putumayo] y cuya extensión se ha dispersado ocultos entre la maleza los tristes y sombríos ranchos, que en nuestro léxico militar llaman tiendas de campaña.»

Mendoza anota el 16 de marzo de 1933: «De Pasto a Puerto Umbria no hay destacamentos; sólo a cada jornada un oficial con ordenanzas para los asuntos de control en los transportes de material y víveres. En Puerto Asís y Puerto Ospina, en realidad de verdad, no hay acantonamientos. La Concepción y El Hacha son

lugares guarnecidos por una docena de hombres cada uno. Aquí en Chavaco, foco de concentración, no llegan los soldados a la cifra de 300.»

¿Cómo era Caucajá situada en la margen izquierda del río Putumayo? Mendoza la describe así: «Allí: el comando, la jefatura de fronteras, el casino, el aserrío, la estación inalámbrica; allá: el hospital, el otro casino, el cuartel, la oficina de correos. Las construcciones de mejor aspecto, el casino número uno y el hospital, como que están tachados de zinc, y a los rayos del sol levantan resplandores que sólo se ven a distancia. Lo demás, un grupo diseminado de casitas sin apariencia.»

«Pero descubríamos animación. Aviones en el puerto y gente en la orilla. Eran oficiales, soldados y mujeres. Mujeres... que jamás viéramos en Güepí, ni en Chavaco. Unas enjabonaban, otras se bañaban retozonas. De una vez nos dijeron de éstas, que eran amantes casi todas de marineros; pero a condición de que lavaran la ropa a todo el personal militar y civil... Lo que más agrada como aspecto, es una hilera de limoneros que bordeando el río dan sombra a los coloquios reposados. No es Caucajá con mejor apariencia que Puerto Asís. Sin embargo, aventajaba en animación militar y en bullicio de todo estilo. Aviones y cañoneras, lanchas o motores, que llegan o salen. Carga y pasajeros a lomo de mula, que entran por el camino de La Tagua.»

Año 1956. Puerto Leguízamo sobre el río Putumayo. Asociado a mi primer viaje en avión, un DC-3 de Avianca. Largos 24 años desde el “conflicto”. Todavía el barro rojizo sigue pegando duramente mis pensamientos al recuerdo. Tibios anocheceres cortados por los altavoces en la lejanía anunciando la película de la noche. Los comentarios obligados sobre los más recientes productos llegados al comisariato de la base naval. Era una época de gobierno militar, que para la vida diaria significaba no recibir telegramas si no se estaba en buenas relaciones con el personal



Caucayá (Puerto Leguízamo), década de 1930, única calle hacia el puerto sobre el río Putumayo. (Archivo familiar. Editado por Julián Penagos).

de la base naval.

A 25 kilómetros está La Tagua, sobre el río Caquetá. Los recuerdos se confunden a una calle larga, Puntabrava, que descende hasta la orilla misma del río. En el otro extremo, la farmacia de don Cecilio Ruiz, que derrotando al tiempo aún persiste en el mismo sitio. En sentido opuesto, la prolongación de la carretera transitable en verano, que venía del dos, del uno, que pasaba por el cementerio, cruzaba una hilera de casas y moría en

Navenal, la agencia de la empresa estatal que administraba los remolcadores que aun navegaban por el Caquetá. Un robusto almendro, el cebú de don Alfredo Valderrama, las llegadas de la catalina de la Fuerza Aérea, del remolcador Santos con Pedro Ariza a bordo, el funcionario de los Correos Nacionales y uno de los mayores compradores de pieles de animales y vendedor de pólvora para las escopetas de fisto. Año 1950. Tiempos de la voz de Albertico Limonta y de las famosas radionovelas gravadas en La Habana, Cuba, y oídas en el único radio-receptor del pueblo.

Como tantas cosas en la vida, estoy en mora de emprender el recorrido por la carretera La Tagua-Puerto Leguízamo, la franja más estrecha entre los ríos Putumayo y Caquetá. Muchos años después, Alberto Monje me hizo caer en cuenta que Julio Verne en su poca conocida novela *La jangada, 800 leguas por el Amazonas*, publicada en 1881, hablaba de un canal por este sitio, permitiendo el acceso del Pacífico al Atlántico por los Andes a través de la laguna donde nacen el Caquetá y el Patía, ríos hermanados en las mismas cristalinas aguas maternas, que nacidos del vientre nutricio de las altas cumbres del macizo colombiano, los tres van a morir en océanos opuestos.

Todavía por esos años existía el “toque de zafarrancho”, que obligaba a los hombres mayores de edad a presentarse al cuartel a cualquier hora del día. Así comencé a tener conocimiento del “conflicto”, esa guerra que no produjo la catarsis del deshonor nacional por los turbios hechos del istmo de Panamá. Una guerra nunca declarada que produjo más muertos por los errores en las contraseñas, los ahogados, las picaduras de los animales y las enfermedades que por los encuentros armados. En fin, una guerra donde se enloquecía en la infructuosa búsqueda del enemigo por los vericuetos de trochas de caucheros y de indios.

Capítulo 4

LA RUTA DE FLORENCIA

El frente quedó constituido por el río Putumayo en el trayecto que va desde Puerto Ospina, población colombiana en la margen izquierda y al otro lado de la desembocadura del río San Miguel que servía de frontera al Ecuador y Perú, hasta los límites con Brasil: Tarapacá, situada en la margen derecha.

La ruta más corta y rápida desde el centro del país al teatro de operaciones, resultó ser la vía Neiva-Florencia-La Tagua-Puerto Leguísimo, que ofrecía dos ventajas estratégicas: el acceso sin peligro enemigo de las líneas de aprovisionamiento al corazón mismo de la contienda y las facilidades que ofrecía el río Caquetá para base de los hidroaviones, tan decisivos en la toma del puesto peruano de Güepí.

En las discusiones se barajaron tres posibilidades a partir de Neiva como epicentro: la vía del Caguán, la de Florencia y la de Mocoa. La trocha del Caguán se había utilizado a finales del siglo XIX para introducir al Caquetá obra esclava para la explotación de la quina y se le calculaba entre 105 y 110 leguas y 17 a 19 días de jornada. La segunda era una ruta de caucheros por donde se

sacaban los productos al interior del país en las primeras décadas del siglo XX y se estimaba entre 95 a 110 leguas y 14 a 16 días. La de Mocoa se descartó por considerarse a Popayán y no a Neiva como el punto de partida.

En el debate terció don Daniel Díaz Cabrera, quien más tarde ejercería el cargo de intendente del Caquetá entre 1950-1958 en sucesivos cinco gobiernos nacionales (Laureano Gómez, Urdaneta Arbeláez, Rojas Pinilla, Junta Militar y Alberto Lleras Camargo). El 23 de septiembre de 1932 se publicó en *El Tiempo* la siguiente carta: «En una de las ediciones pasadas de su prestigioso diario, he leído un artículo relacionado con las vías que conducen a nuestras fronteras del sur. Hablando de la que de Neiva va a Caucajá, pasando por Florencia, dice que se puede recorrer en 14 o 16 días. Como este viaje se hace actualmente en mucho menos tiempo, me parece importante dar algunos datos sobre las jornadas que se hace en él. Neiva-Gigante, 5 horas por carretera; Gigante-Ríolero: 2 horas a caballo; Ríolero-Garzón: media hora por carreta. Garzón-Resina (sobre la cordillera) 55 kilómetros que se recorren en 10 horas a caballo. Resina-Córdoba: 51 kilómetros que se recorren en 10 horas a caballo. Córdoba-Florencia: 21 kilómetros que se recorren en 10 horas a caballo.»

«Entre Florencia y La Tagua hace el viaje la lancha en 23 horas. En canoa se gasta cinco días. De La Tagua a Caucajá hay un camino de herradura que se recorre en medio día.»

«Tenemos de Neiva a Caucajá un total de 5 días, utilizando lancha desde Florencia y 9 bajando en canoa.»

«Por lo expuesto se ve claramente que ninguna de las otras vías que conducen a nuestras regiones amazónicas pueden presentar tan favorables condiciones de rapidez y comodidad en los transportes de nuestras tropas llegando el caso bien probable de una movilización hacia las fronteras invadidas.»

El gobierno decretó la movilización general y aunque don Daniel Díaz no previó el viaje a pie y en balsa, el grueso de la fuerza expedicionaria así lo hizo. El soldado Luis Guzmán, veterano de esa ruta y de la odisea de la guerra que aun vive a unos pasos de la plaza de mercado que tanto afea a Florencia y de las instalaciones del batallón Juanambú, realizó el trayecto Gigante-Florencia a pie en 5 días, pernoctando en Guadalupe, donde estaba de guarnición el batallón de transportes Baraya, teniendo como compañero de viaje a Luis Arenas Celis. Y de Florencia-La Tagua, después de construir por sí mismo las balsas, 20 largos días. Cuatrocientos años antes así se despeñaban de los Andes los conquistadores en busca de Eldorado.

Benjamín Sánchez Gasca, uno de los florencianos nacidos ese año, recuerda que la trocha principal salía por el puente del Encanto sobre la quebrada del Hacha, que junto con la de la Perdiz rodean a Florencia, subía por donde está hoy las instalaciones del Incora, torcía por la cuesta de la finca de don Edolio Ramón, y seguía aguas arriba por la quebrada del Dedo. La trocha había sido construida por Pizarro-Boshel y compañía y para transitarla debía pagarse un peaje. Después se ensanchó y a comienzos de los cuarenta se hizo carretable con una variante de entrada por el Cunday.

Por ese camino ensanchado llegaron los planchones a lomo de mula hasta La Perdiz, cuyo embarcadero quedaba en una laja situada detrás de la alcaldía, edificio del hotel Curiplaya. Antes de desaparecer para siempre fue matadero y lo por lo menos hasta 1955 había “subienda” de pescado. Era la época de la empresa de buses Transfederal, cuando la ruta entre Resinas-Florencia era tan estrecha que el tráfico se efectuaba en una sola dirección: un día para “entrada” y el siguiente para “salida”. Eso explica una expresión muy escuchada con cierto anhelo en mi niñez de “irse para fuera” que significaba viajar para el Huila y que reflejaba la sensación de enclaustramiento. Después se utilizó un teléfono de magneto para durante el día dar vía y tener



Fotografía editada por Julián Penagos

Florencia, década de 1930; llegada de la trocha principal que venía del puente del Encanto, río Hacha, inicio de la carrera 14, en el cruce con la calle 19 de la nomenclatura actual. (Archivo familiar)

una imagen de continuidad. Por aquellos tiempos el otro teléfono lo utilizaba el “capi” Gaviria, de Navenal, para comunicarse con Venecia, puerto sobre el río Ortegua, hacia donde se había corrido el embarcadero.

La Florencia del año 32 no era más que unas cuantas casitas de paja alrededor del futuro Parque Santander y otras en la loma que comienza detrás de la plaza de mercado. En ese lugar, Luis Guzmán compró una mejora y ahí vive hasta hoy y seguramente para siempre.

El corresponsal Jorge Montoya calculaba el número de habitantes en 3.000 y una renta por impuestos de \$6.000. Ya



Florencia, finales década de 1950, actual carrera 14. (Archivo familiar. Editado por Julián Penagos).

existía una agencia del Banco de la República que prestaba una adecuada cobertura monetaria a las operaciones de la compra-venta del 'juansoco'---la variedad más blanda de caucho, sangrado del árbol Juan Soco. En mi casa paterna de Florencia por los años 40s funcionaron unos hornos para arreglar los desperfectos de los quintales de este caucho que se utilizaba para fabricar chicle masticable. Vale señalar que en esta casa estuvo la primera capilla de los capuchinos y luego la agencia del Banco de la República. En las elecciones del 14 de mayo de 1933 se escrutaron 156 votos liberales y uno conservador en toda la comisaría del Caquetá, y en la del Putumayo, 51 liberales y 327 conservadores.

Tan pronto se decide la movilización se dictan normas legales que se juzgan adecuadas como apoyo de la campaña militar. Por ejemplo, el decreto 1566 del 27 de septiembre de 1932 habilitaba

para el servicio de giros postales la oficina de correos de Florencia con base de operaciones de cien pesos; y el 1796 del 23 de octubre se establece una campaña de saneamiento y se nombra jefe epidemiólogo de la vía Neiva-la Tagua al doctor Ignacio Moreno Páez con \$310 mensuales de sueldo.

Capítulo 5

UN CRISOL DE REGIONES Y TEMPERAMENTOS

La guerra, como ninguna otra actividad humana, actúa como fragua de los más disímiles temperamentos y acrisola las particulares características de hombres procedentes de diversas regiones, primero por las primitivas nociones de patria afloradas a piel y luego por el hacinamiento de ingentes muchedumbres asediadas por múltiples necesidades materiales y psicológicas. Hermanados por la presencia de la muerte, las bajas van siendo acuciosamente reemplazadas por reservas frescas ya francamente compelidas a ir al frente, proceso magistralmente descrito en el siglo XVI por el pintor holandés Brugel El Viejo en su lienzo “El triunfo de la muerte”.

De las pocas fuentes disponibles se ha podido establecer que fueron alistados 30.000 soldados, de los cuales 12.000 estuvieron en el frente. Ricardo Mendoza calcula 2.000 hombres estacionados en la ruta Garzón-Puerto Leguízamo a comienzos de 1933; y Luis Molina, entre Mocoa y Chavaco, alrededor de 1.000.

El frente del Alto Putumayo, según los archivos de la “Asociación de Excombatientes del Conflicto Amazónico” lo

constituían 1.858 hombres distribuidos así: 415 en Cauca; 125 en Puerto Ospina; 109 en Peña Blanca; 298 en La Tagua; 18 en Monclart; 39 en El Encanto; La Pedrera: 83; Delicias: 57; Chavaco: 234; Concepción: 44; Puerto Pizarro: 35; Potosí: 3; Puerto Asís: 40; Florencia: 53; Puerto Boy: 182; cañonera Cartagena: 53; y cañonera Santa Marta: 60. Teniendo en cuenta todos los frentes, las fuerzas destacadas alcanzaban los 3.000: soldados combatientes: 2.252; suboficiales, cornetas, personal civil de apoyo, lancheros, bogas, etc.: 513; oficiales artilleros, de la Armada, infantes de aviación y profesionales (médicos, odontólogos, ingenieros, veterinarios, etc.): 217.

La movilización constituyó una colosal empresa para el país, si se tiene en cuenta que el pie de fuerza del Ejército regular no sobrepasaba los 5.000 efectivos. Como era muy probable que los colonos estuvieran por los 10.000 habitantes en todas las regiones en litigio, puede colegirse que la presencia de las tropas doblara la población. Cuántos murieron en combate y cuántos se asentaron, son incógnitas sobre las cuales no se encuentran referencias de ninguna índole. Juan Jacobo Díaz en su librito *La sorpresa de Calderón* se arriesga a señalar «350 hombres se tragó el infierno verde, cuyas tumbas nadie podría localizar jamás, pero que fertilizaron las riberas de los caudalosos ríos.»

El espíritu y al explosión de nacionalismo se reflejó en las donaciones de joyas y dinero en efectivo que se estima alcanzó los \$10 millones de ese entonces, hoy serían \$600 millones, recolectados en el denominado “bazar nacional” realizado el 12 de octubre de 1932.

Los primeros regimientos que entran por la vía Pasto-Puerto Asís proceden de Nariño, Cauca y Valle. Luis Molina encontró en el río Putumayo un regimiento de los temibles “negros macheteros” del río Patía, jornaleros de las haciendas azucareras de esa región, célebres desde los días en que el general Tomás Cipriano Mosquera por órdenes de Bolívar cuidaban los flancos

del grueso de las tropas que marchaban hacia el Perú, de los hostigamientos de los pastusos.

Después llegan principalmente del Huila y Tolima por la ruta de Florencia. De Bogotá vinieron grandes contingentes, la mayoría de los cuales eran de Boyacá y Cundinamarca y algunos llaneros, entre ellos Luis Arenas Celis. En la marina participaron muchos de origen costeño y en la aviación combatió un grupo de alemanes---de hecho el comandante de esa arma fue Herbert Boy, procedentes de la compañía colombo-alemana Scadta que después se llamaría Avianca.

Pilotearon los cinco aviones de caza Hawks, con el rango de capitanes, Herbert Boy, el más célebre entre ellos ascendido a coronel más tarde, Hermann Ernst von Oertzen, Hans Werner von Engel y Fritz Tesse von Heydebreck, quien según el periódico El Espectador del 25 de mayo de 1933, filmó los combates de Güepí y los bombardeos a las lanchas peruanas que navegaban por el Putumayo y que se prolongaron durante 130 días. El único bombardero, de tipo Dornier Wal, fue pilotado por el mayor Rolf Starke y como ayudante los tenientes Bodo von Kaull y Paul Nutter. Desde luego junto a ellos participaron otro grupo de colombianos que hicieron frente a la aviación peruana.

Herbert Boy en sus memorias *Una historia con alas*, le dedica la parte cuarta de ellas, a narrar su participación en esta contienda y le asigna a la aviación colombiana un papel crucial y decisivo en la victoria.

Entre quienes han figurado posteriormente en la vida pública nacional vale destacar al teniente Deogracias Fonseca, miembro de la Junta Militar de Gobierno en 1957; al corresponsal Felipe Lleras Camargo, hoy director del periódico caleño "El Pueblo"; y al teniente de navío Juan Lozano y Lozano, corresponsal de "El Tiempo", después conocido como 'mi capitán', quien fuera el encargado de levantar la lista de muertos y heridos en la toma de

la posición peruana de Güepí, en la margen derecha del río Putumayo.

Capítulo 6

LOS HUILENSES, PRIMEROS EN LLEGAR

Por razones de proximidad geográfica, la mayoría de los más viejos colonos del Caquetá procedían del vecino departamento del Huila. Así, no era de extrañar que entre los primeros contingentes que llagaban en busca del frente fueran 'opitas', aunque su enrolamiento se hubiese hecho en otras regiones, como fue el caso de Luis Guzmán, quien 'pagaba' servicio en Bogotá.

En un atardecer bochornoso de finales del pasado enero (1981), un verano salpicado por lluvias excepcionales, recostado sobre el andén de la calle 18, 'el colono' Luis Guzmán, como lo llamábamos cariñosamente en nuestra familia, de cabellos blancos y regular estatura, pausadamente extrae de los polvorientos recodos de su memoria algunos jirones de sus más preciados recuerdos.

Fue una brumosa mañana bogotana de noviembre del 32 cuando junto a otros 165 soldados desfilaron por la Avenida Jiménez hacia la Estación de la Sabana. El batallón de caballería Páez partía rumbo al Sur por la línea férrea que años atrás ayudara a construir como empleado de la compañía inglesa.

Guzmán trabajó primero en los túneles de La Golondrina y posteriormente en el puente de Girardot. Ahora, bajo otras inciertas circunstancias regresaba por su camino original iniciado en Neiva, la ciudad natal. Vive desde 1934 en la misma casa que lleva como nomenclatura los números 13-18 de la calle 18 de Florencia.

---«En tren llegamos hasta Aipe, donde fuimos trasladados hasta Gigante en aquellos vetustos buses de escalera. Ahí descansamos para iniciar el primer tramos a pie hasta Guadalupe y luego a Florencia, en una marcha de cinco días.»---

Descansan en Florencia y después de construir las balsas, parten del embarcadero de La Perdiz hacia La Tagua. Navegan por El Hacha, luego el río Orteguaza hasta desembocar en el Caquetá. En medio de todas las privaciones e incomodidades fácilmente imaginables llegan a Cauayá, hoy Puerto Leguísimo, donde se enrolan en el batallón Bárbula, en una escuadra al mando del cabo primero Angel Ma. Guevara.

---«A comienzos de abril del año 33, estaba lista para zarpar la cañonera Santa Marta rumbo a Manaos y como necesitaban un ayudante, me ofrecí y de inmediato fui enrolado. A Manaos llegamos después de 27 días de navegación, con la misión de esperar 1.500 soldados. Estos nunca llegaron. Dos días después de atracar, supimos la muerte de Sánchez Cerro.»---

El asesinato del dictador peruano Luis M. Sánchez Cerro, ocurrida el 30 de abril de ese año, lo perpetró un estudiante. Sánchez había derribado al gobierno de Leguía el 22 de agosto de 1930, quien a su vez depuso al de José Pardo en 1919. A Sánchez Cerro le sucede el general Oscar R. Benavides, comandante de la toma de la posición colombiana de La Pedrera, sobre el río Caquetá, en julio de 1911, en uno de los tantos episodios en la disputa de estos territorios con el Perú. Por tal razón en el frente se creyó que las hostilidades se intensificarían y la cañonera

regresó de inmediato.

Por ser un hecho muy desconocido sea oportuno recordar 'el incidente de La Pedrera', localidad sobre el río Caquetá y sitio más septentrional a donde llegaron los peruanos en cualquier tiempo. Como lo publicó "El Tiempo" en 1977, en palabras de Armando Gómez Latorre: «Eran las 7 de la mañana del 11 de julio de 1911 cuando apareció la flotilla peruana. Cuatro cañoneras blindadas y amenazantes, dispuestas en fila de combate, protegían 450 soldados del batallón Noveno.»

«El ultimátum del comandante, coronel Oscar Benavides, exigía perentoriamente la desocupación del territorio de la margen derecha del río y se comprometía a trasladar el personal colombiano al vecino puerto brasileño de Villa Betancourt.»



Luis Arenas Celis, con su escuadra de soldados. Este llanero se enroló voluntariamente en una guerra que le cambió la vida. (Archivo familiar. Editado por Julián Penagos)

«Con 58 soldados, de los cuales 47 yacían postrados por la malaria, la disentería, el beriberi y la inanición, tanto el jefe de la guarnición, general Isaías Gamboa, como el de Puerto Córdoba a 12 kilómetros sobre el río, general Rafael Valencia, ordenaron los aprestos necesarios para la increíble como suicida defensa. La torrentosa corriente en contra, los peruanos desistieron ese día del desembarco pero el 12 de julio, por la madrugada y con peligro de reventar las calderas a todo vapor, salvaron el raudal. El desembarco fue rápido y combinado. Distribuido el ejército peruano en columnas de ataque, logró flanquear las defensas de La Pedrera. En movimiento envolvente el objetivo fue tomado a pesar de la heroica resistencia de la desmedrada guarnición colombiana. Aunque tardíamente se ordenó la retirada, media docena de soldados se apretujaron en torno de la bandera y combatieron hasta caer prisioneros. Con ellos quedó cautiva la bandera y el teniente Luis Forero Román. Los demás jefes y soldados, se refugiaron en Villa Betancourt mientras el general Valencia, muy enfermo fue llevado a Iquitos.»

El 15 de julio los cónsules de Colombia y Perú en Manaos, suscribieron un acta en virtud de la cual se impartirían órdenes precisas a las fuerzas colombianas para que no avanzaran y suspendieran hostilidades y a las peruanas para que se retiraran del Caquetá. Finalmente el 19 de julio de ese año, los plenipotenciarios Enrique Olaya Herrera y Ernesto Tarazona por el Perú, firmaron un acuerdo en «el deseo de mantener la paz y para alejar todo peligro de choque en la región amazónica.»

Veinte años después, siendo presidente de Colombia Olaya Herrera y el general Benavides dictador del Perú, volvieron a enfrentarse ambos ejércitos, aunque si bien ya no en las aguas del Caquetá si no en las del Putumayo.

Capítulo 2

DESDE LOS GRANDES PASTIZALES DE LOS LLANOS ORIENTALES

Como en los viejos tiempos de las guerras civiles, Luis Arenas Celis siguiendo la costumbre llanera se enroló voluntariamente en las fuerzas expedicionarias. En los primeros días de octubre del 32 llegó a Bogotá, procedente de Támara en donde estaba de paso saludando a sus familiares, pues su permanencia habitual estaba en Arauca, a la cual llegó procedente de Caracas donde había estudiado algunos años de educación secundaria. De esta ciudad fue Alcalde. Nacido en Moreno, Casanare, en 1905, huérfano desde muy joven, se había dedicado a recorrer la vastedad del Llano, cuando la guerra lo sorprendió en Arauca.

Moreno, sobre el río Ariporo, fue incendiada por los años 50 y los viajeros pueden ver a cinco minutos de Paz de Ariporo, una pared negra como único testigo del otrora primer pueblo en los comienzos de las sabanas del Casanare que se prolongan por el Arauca hasta morir más allá de la confluencia del Caroní con el Orinoco.

Se hallaba de guardia Luis Guzmán esa mañana, en el cuartel de caballería situado en la carrera séptima con 54, hoy

instalaciones de sanidad del ejército. Tras breves días en ejercicios de caballería por los lados de Usaqué, el 16 de octubre les es tomado el juramento a la bandera.

Forman parte del mismo destacamento, iniciándose una amistad que comenzó al término de la guardia de Guzmán cuando le enseñó a manejar su máuser de cinco tiros, que era el arma de reglamento; amistad concluida un día de julio de 1973 cuando el llanero murió y que hoy Guzmán evoca a la luz de los recuerdos pulidos y decantados por la perseverancia que ofrece la tragedia y el infortunio que es la vida.

Por sus conocimientos en letras y números Luis Arenas es ascendido a cabo y permanece en la guarnición de Guadalupe, mientras el resto del regimiento prosigue la ruta de Florencia. El primero de febrero de 1933 es dado de alta como cabo segundo en el batallón transportes Baraya y trasladado al Berbeo No. 6 de guarnición en Florencia, donde le sorprende la firma de la paz. Le corresponde dirigir y hacerse cargo del avituallamiento de las tropas que van al frente y las que quedan de guarnición entre Florencia-Puerto Leguísimo. Desde abril del 34 hasta mayo del 37 figura como ecónomo y guarda-almacén, siendo ya sargento segundo. Como se sabe uno de los grandes problemas logísticos de la guerra es el avituallamiento, es decir que las cantidades adecuadas de material y alimentos lleguen en el momento adecuado.

Debido a lo rudimentario de los sistemas de comunicación fue otro de los grandes problemas no resueltos en esta contienda bélica.

Entre tanto forma parte del batallón Mixto No. 3 y del de infantería Juanambú, de guarnición en Cauayá, con el cual regresa a Florencia. Su retiro del ejército se produce en marzo del 41. Seguirá una vida de comerciante de abarrotes, formando parte de varias sociedades, trashumante entre Puerto Leguísimo,

La Tagua, Florencia y otros pueblos del Caquetá con desigual fortuna, en especial, cuando la rectitud signa el sentido de los negocios. No participó de las compra-ventas del caucho, ni de la madera, ni de las pieles, ni tampoco de la ganadería tan depredadora de los suelos la selva húmeda amazónica. Fue masón, cuando serlo conllevaba riesgos diversos con la jerarquía católica en territorios de misiones.

El Caquetá formó parte del territorio de misiones asignado a la Comunidad de los Capuchinos españoles, desde 1893 hasta mediados de los años 50 del siglo pasado, cuando fue sustituido por la Comunidad italiana de Misioneros de la Consolata. Taussig señala que «en lo tocante a la administración local tanto de los indios como de los colonos blancos pobres que entraban a la región, la autoridad de la misión capuchina era casi absoluta--- incluido el poder de asignar trabajos forzados y de hacer que los indios usaran el cepo y el látigo para imponer los mandatos de la misión.» La Convención sobre Misiones del 29 de enero de 1953, firmada entre la Santa Sede y el Gobierno de Colombia, reafirmaba el derecho legal de tutelaje de los misioneros sobre las comunidades indígenas, una sumisión más benigna que la ejercida por los caucheros y madereros, pero de todas maneras sometimiento.

Don Anastasio Díaz, uno de los socios de Luis Arenas, narraba hace muchos años en esas gratas conversaciones de sobremesa, que en la loma donde ha permanecido siempre el batallón Juanambú en Florencia quedaba una construcción pajiza bajo la cual se había instalado una mesa de billar. Jadeante llegaba el estafeta del telégrafo y cuadrándose le entregaba al comandante lo que le informa ser un cablegrama urgente del Estado Mayor.

---“¿Es urgente soldado?”

---“Sí, mi coronel”

---“Pues aquí se le acaba la urgencia”---, contestaba mientras guardaba el mensaje en uno de los bolsillos de la camisa y la

partida de billar continuaba hasta el final.

Del conflicto sólo quedó en la familia un viejo sable de reglamento que anduvo haciendo estorbo en varios de los trasteos de La Tagua a Florencia y viceversa, obligatorio en los comerciantes en tierras de colonización, que fue olvidándose y de pronto desapareció hasta del recuerdo de nuestras más entrañables pertenencias.

Capítulo 8

EL TOLIMA GRANDE

En una de aquellas casonas antiguas y descuidadas de los alrededores de la plaza de Bolívar en Bogotá, frente al costado occidental del Palacio de Justicia, en un segundo piso habilitado para diversos menesteres, un modesto letrero anuncia una “Oficina de Asuntos Generales” donde Remigio Nieto despacha con agitados ademanes sus múltiples negocios. Nacido en Tocaíma hace 70 años, acaba de entregar la presidencia de la “Asociación colombiana de veteranos de guerra y reservistas de las Fuerzas Armadas”, fundada en 1965 y que reúne cerca de 150 excombatientes. La edificación refleja un pasado próspero; hoy está abandonada, pero el laborioso y ordenado trabajo de sus moradores impone dignidad al conjunto. Es un atardecer melancólico a pocos metros de los centros de poder. Imperceptible y a través del tiempo se fue entablando un diálogo a tres voces, tejiéndose una madeja imaginaria de recuerdos.

Remigio Nieto---“A los 16 años me entregué al ejército. Fue en Ibagué donde se encontraba el batallón de Ingenieros Caldas. Cuando supimos el comienzo de las hostilidades organicé un destacamento de estudiantes voluntarios. Como reservista fui llamado a filas y adscrito al batallón Camilo Torres de reciente

formación. Con el grado de cabo primero y junto a 200 hombres partimos hacia Neiva.”---

Alcides Ortiz---“A las dos de la mañana tocaron diana. Idas y venidas de todos, en silencio. En todas las caras se reflejaba la más profunda de las emociones. Luego de tomar el “desayuno” nos entregaron a cada uno un talego de papel que contenía un pedazo de carne y dos papas destinadas para el almuerzo. Los buses y camiones, en fila frente a la estatua de Sucre, atormentaban con sus pitos y desesperaban por salir. La plaza de San Agustín se hallaba colmada de gentes que desde las primeras horas de la noche querían ver el desfile unos, y despedir a sus familiares otros. Llegamos a Cambao como a las dos de la tarde. ¡Qué martirio! Desde las 4 de la mañana de pie y aún debíamos seguir en esa posición hasta Armero. En todas las poblaciones por donde pasamos organizaron recepciones espléndidas. A nuestro paso recibíamos frases de aliento, uno que otro trago, frutas y ramos de flores de gentiles damas hermosas. Las estaciones de Mariquita, Honda y La Dorada estaban tan colmadas de gente que a los hombres le fue preciso subirse a los árboles para vernos.”---

El cabo Nieto y sus hombres permanecen 20 días en Florencia, donde es ascendido a sargento segundo. Por el río van a Puerto Boy, entre Curillo y La Tagua, y desde allí en hidroavión a Tarapacá, donde se hace cargo de una pieza antiaérea.

Jorge Tobón--- “Siempre el mismo paisaje estragador de un río sucio, un pedazo del cielo igual al de todas partes y una línea de árboles y de maleza escondía el horizonte, haciéndolo semejante al muro desilusionante de una cárcel. Nunca una cordillera que cortara la monotonía desesperante que enfermaba el espíritu.”---

Remigio Nieto---“El único muerto en servicio que tuvimos se debió a falta de cuidado de un soldado despedazado por las aspas

de un barco de rueda, de los antiguos.---

Jorge Tobón--- “Tan pronto moría un soldado se daba orden inmediata de enterrarlo, lo que hacían otros más, apresuradamente por el temor del contagio... No había ataúdes y los muertos eran enterrados con sus uniformes o desnudos. Así lo fue aquel soldado que cayó clavado en el lodazal de su tumba con las nalgas hacia el cielo mientras sus compañeros indiferentes y apurados lo cubrían aceleradamente con aquella tierra viscosa, a la luz de un par de linternas de petróleo.”---

El destacamento del sargento Nieto fue desmovilizado por el río Amazonas a bordo de la cañonera “Mariscal Sucre” una vez llegadas tropas de refresco de los diversos puntos del país.

Jorge Tobón--- “Era el mes de noviembre del año 33 y ya parecía que ahora sí se aproximaba el momento del relevo para aquellos pobres soldados que languidecían entre las fiebres, el hambre y el deseo de volver a sus hogares o a la muerte amiga que acabara con sus penalidades. En este mes llegó el primer batallón de antioqueños puros “El Girardot” y a poco uno de santandereanos “El García Rovira”. También llegó una compañía de costeños que iban destinados al Bajo Putumayo. Su entrada al puerto fue algo conmovedor. Eran los primeros soldados que llegaban hasta Cauca y en vehículos de rueda.”---

Remigio Nieto--- “Íbamos remolcando un vapor de transporte el cual se soltó en pleno Océano Atlántico lo que nos obligó a tocar puerto en la Guayana Inglesa. Finalmente arribamos a Barranquilla y por carretera llegamos a Bogotá sin un peso y completamente abandonados. Éramos ya, sin saberlo, veteranos de una lejana y remota guerra y nosotros sus protagonistas olvidados para siempre.”---

Capítulo 9

EN POS DEL FRENTE

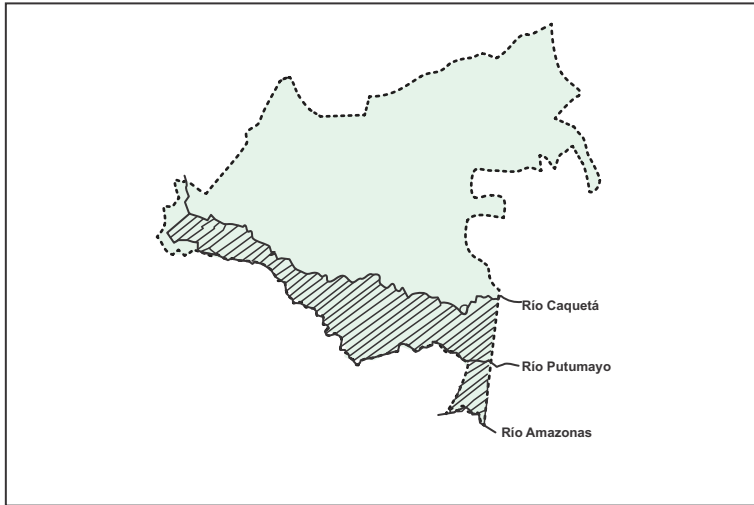
Para José Díaz Granados, suboficial en retiro de la Fuerza Aérea, los recuerdos de su participación en el conflicto son muy precisos. Su relato va acompaña de nombres, cifras y fechas.

---“A las 8 de esa mañana fría del 27 de noviembre de 1932, sonó la corneta del batallón Sucre No. 2, indicando reunión para toda la tropa en el patio principal: primera alarma de guerra. El capitán Régulo Gaitán manifestó que se trataba de seleccionar un grupo de ocho suboficiales quienes al mando del subteniente Julio Cervantes, deberían alistarse para viajar a la ciudad de Florencia llevando consigo las cuatro ametralladoras pesadas marca Chuwarloss modelo 1912, las únicas armas pesadas que tenía nuestro ejército. La orden recayó en los señores Daniel Ramos, Néstor Ospina, Alfredo González, Miguel Landínez, Constantino Arias, Jorge Matallana, Dimas Rojas y yo. Partimos el 3 de octubre de Bogotá. En Neiva permanecemos hasta el día del bazar nacional: 12 de octubre. En Gigante principiaba nuestra dura faena; dispusimos de 20 mulas para el transporte del material con sus correspondientes arrieros y después de cinco jornadas llegamos a Florencia, donde fuimos recibidos por el

capitán Wilson y los suboficiales Rafael Baquero, el “chiquito” Luis Arenas Celis--así apodado por su elevada estatura, Alberto Céspedes, Alberto Roso y por el pueblo con vivas a Colombia.”

“Ramadas de guadua y techos de palma constituían el cuartel al mando del mayor Ángel Diago. El 20 de diciembre terminamos la instrucción de la tropa con una demostración de tiro y dominio del material. Inmediatamente se me ordenó presentarme en Venecia, puerto sobre el río Orteguaza, para trasladar a La Tagua 100 trabajadores que deberían ser entregados al ingeniero Juan González. El 30 de diciembre me presenté al general Jorge Soto, jefe civil y militar; después al capitán del puerto, señor Luis Viana. De don Ricardo Tovar Tejada, jefe de abastecimientos, recibí una ración de 15 días de viaje para 145 hombres, 1.500 pastillas de quinina y demás implementos. El 31 a las 5 de la mañana el “pote” Viana, como familiarmente se le llamaba, en rigurosa formación y con llamado a lista me hizo entrega de los 100 obreros, 35 bogas indígenas al mando de cacique Piranga, once soldados y una “flota de deslizadores” constituida por once balsas. Como es obvio esta “flota” dependía de la velocidad del río. Al segundo día, frente a las bocas del río San Pedro uno de los obreros se resbaló y se ahogó. Sin embargo cada vez había menos agua--era la estación de verano, y a duras penas avanzábamos cinco kilómetros diarios. Granario, Casacunte, Jetuchá, Gerichá y Gerumano eran lugares donde el río era intransitable”, (Figura 4).

“Después de 20 días con tres ahogados a cuestras, arribamos a Curiplaya <playa dorada en dialecto Coreguaje>, donde nos esperaban previo aviso del mayor Boy quien nos seguía desde su avión. Ocho días teníamos con los víveres agotados y aquí don Marcos Manchola no entregó 20 planchas de casabe, 5 de harina, 10 micos ahumados, 2 costillas de danta y carnes de cerrillo, babillas y boruga. Toda esta carne sin sal y un poco quemada fue el mejor alimento de nuestra marcha. El 22 de enero avistamos La Tagua, a donde llegamos con pérdida de cuatro obreros.”---



Elaborado por el autor - Editado por Julian Penagos

Figura 4.

Mapa de la zona reclamada e invadida por el Perú en 1932

De estos obreros, Tobón Restrepo cuenta que eran «obreros que habían trabajado en todas las carreteras de la república. En su mayoría antioqueños de carriel y machete al cinto. Eran tahúres, bebedores, pendencieros e inmejorables trabajadores. Pero renegaban de los ingenieros que les hacían trabajar enfermos o de lo contrario los pasaban a la orilla opuesta del Caquetá, sin recursos, hasta que se resolvían a trabajar y aquellos preferían esto para morir más bien de fiebre y agotamiento sin sentir los tormentos del hambre y del miedo en aquella soledad.»

La siguiente etapa para José Díaz fue el frente. ---“En este puerto permanecí 20 días, hasta ser trasladado a Cauca yá donde fui incorporado a la compañía de ametralladoras pesadas. Comenzaban los preparativos para la toma de Güepí. El 20 de marzo nos trasladamos por la noche a Monclart; el 21 tomamos una trocha hasta Chavaco, el puesto colombiano frente a Güepí y

donde se encontraba el célebre machetero capitán Domínguez; el 22, construcción de “paseras” para dormir en lo alto pues el río inundó la vega; el 23, reconocimiento de la isla para instalar el material; el 24, instalación de las piezas; el 25, se construyen fortificaciones y zanjas de comunicación entre las dos secciones de ametralladoras y un puesto de socorro. Nuestra situación era desesperada: el río continuaba creciendo, inundando nuestras posiciones y las zanjas; la tropa estaba sin calzado, la ropa rota y barbados; la mayoría enfermos sin poder hacer candela para no delatar la posición al enemigo y la alimentación solo consistía en “aco” y panela.”---

Sin embargo, a la mañana del 26 de marzo, en las horas de la madrugada, se inició la operación que culminó con la toma de la posición peruana, en lo que constituyó la única acción de armas de cierta magnitud.

José Díaz Granados termina narrando los detalles de esa batalla y su permanencia por cerca de 20 años más en esas regiones, antes de venirse a Bogotá hasta pensionarse al servicio de la Fuerza Aérea.

Capítulo 10

EN LA LÍNEA DE FUEGO

“Los colombianos son desagradecidos. De qué se quejan, si recibí una república y les entregué dos.” (Frase popular atribuida al Presidente Marroquín, y referida a los sucesos de Panamá).

El primer batallón que se desplazó, a finales de septiembre de 1932 por el Putumayo aguas abajo, fue el batallón Bárbula que venía por la ruta de Puerto Asís. Formó parte del llamado “Destacamento Putumayo” comandado por el general Amadeo Rodríguez el cual operó en las riberas colombianas hasta Calderón, cercano a la posición peruana de Puerto Arturo que dividía en dos el río Putumayo y el frente de guerra. Al otro lado de esta posición se desplegaba el “Destacamento Amazonas” bajo el mando del general Alfredo Vásquez Cobo, que subió por el río Amazonas proveniente de Barranquilla por el océano Atlántico.

Otros seis batallones participaron en la contienda: el Huila, Tenerife, Garavito, Juanambú, Mosquera y Boyacá. En el Alto Putumayo operaron las cañoneras Santa Marta y Cartagena. Al

comienzo de las hostilidades se requisaron las lanchas peruanas Sinchi-Roca y Huayna-Capac cuyos timoneles de la misma nacionalidad continuaron dirigiéndolas. Otra versión afirma que fueron tomadas en arriendo poco antes del conflicto, lo que apoya el último detalle de los timoneles. Los prisioneros peruanos eran concentrados en Mocoa. Colombianos no cayeron prisioneros, a excepción de José María Hernández de Túquerres, “fusilado en Iquitos por defender y exaltar la causa de Colombia” según dice la ley 135 del 1933 en honra de su memoria.

Podría decirse que 1932 fue el año de la ofensiva peruana. Primero de septiembre, toma de Leticia; 13 de octubre, cae en sus manos Tarapacá en la margen derecha del Putumayo; y para noviembre y diciembre controlan la navegación del río, perdiendo Colombia no sólo su acceso al Amazonas sino al Putumayo. Por el contrario, 1933 es el año de la contraofensiva colombiana. A principios de enero partió de Manaos el general Vásquez Cobo, que ostentaba el cargo de Comandante en Jefe del Ejército en Operaciones del Sur, con el objetivo de retomar Leticia, pero una contraorden del Presidente Olaya la dirige hacia Tarapacá. La flotilla estaba compuesta por las cañoneras Barranquilla, Pichincha, el crucero Mariscal Sucre y los vapores Boyacá, Nariño y Córdoba.

El 14 de febrero llegó la expedición colombiana al teatro de operaciones y el ejército peruano no ofreció resistencia al abandonar el día anterior la guarnición y desplazarse a Puerto Arturo. Según Vásquez Cobo esta acción incruenta decidió la contienda a favor de Colombia. El plan de batalla había previsto la participación de dos aviones que salieron el día anterior de Puerto Boy hacia La Pradera, sobre el mismo río Caquetá, donde pernoctaron.

La versión peruana narrada por el biógrafo de Arana, el argentino Ovidio Lagos, p. 373, es bastante diferente: «El 15 de

febrero de 1933, cinco meses y medio después de la Toma de Leticia <sic>, se libró la primera batalla amazónica, con un intento colombiano de recuperar Tarapacá, sobre el río Putumayo. Apoyados por cañoneras que disparaban sobre Tarapacá, los biplanos colombianos lanzaron letales ráfagas de ametralladoras y bombas sobre las fuerzas peruanas. Los aviadores peruanos no se quedaban atrás, ya que el día anterior habían hostilizado a la armada colombiana. Pero Tarapacá cayó, aunque Colombia perdió muchos hombres en esa batalla.»

Razón tenía el maestro Bertrand Russel cuando recomendaba a los ingleses estudiar la historia de Inglaterra en textos franceses, y la historia francesa en textos ingleses.

Días antes, el 29 de enero, en la localidad de El Encanto sobre el río Caraparaná, afluente del Putumayo, ocurrió el enfrentamiento armado en que murió el soldado Cándido Leguízamo y que tanta repercusión tuvo en Colombia.

La única acción que movilizó fuerzas de alguna consideración fue el asalto y toma de Güepí, el domingo 26 de marzo, en la margen derecha del Putumayo en territorio peruano. Participaron 400 soldados colombianos contra cerca de 500 peruanos. La operación fue apoyada por toda la flota aérea y por las cañoneras Cartagena y Santa Marta y la lancha Sinchi-Roca. Resultado: siete peruanos muertos y cuatro colombianos. Heridos: cinco colombianos y cuatro peruanos. Prisioneros: 30 peruanos entre ellos un oficial y tres suboficiales. Los peruanos no tuvieron cobertura aérea ni naval.

El 16 de abril se presentó el “incidente de Calderón” que originó contradictorias versiones en ambos bandos en contienda. Otras escaramuza lo constituyeron los bombardeos a la lancha brasilera Emmita, a la cañonera Barranquilla y a la Sinchi-Roca.

Sobre alternativa de acción militar Jaime Lasprilla Lozano en sus artículos *El Sur en 1930* señala que «en varias ocasiones se insinuó... iniciar la guerra de guerrillas y que se debía dar comienzo a esta acción en las orillas del río peruano Napo, pero nuestro gobierno no quiso aceptar la sugerencia. El asunto hubiera sido muy viable para nosotros, toda vez que la vía de comunicación y aprovisionamiento de los peruanos para servicio de guarniciones del Putumayo era el Napo... Desde el puerto de Pantoja sobre el río Napo partían los caminos de herradura hacia Güepí y Puerto Arturo y por el río estaban comunicados con Iquitos. Puerto Arturo impedía el libre tránsito por el Putumayo y dividía en dos el frente colombiano una vez recapturada Tarapacá y tomada Güepí. Si la paz de Ginebra no se hubiese producido en junio, las acciones militares necesariamente se hubieran tenido que encaminar a la toma de Puerto Arturo y Pantoja y pasar a la reconquista de Leticia a no ser que el país quisiera soportar otro “Panamá”.»

En el transcurso de la guerra la capital intendencial del Amazonas se trasladó a La Chorrera, sobre el río Igaraparaná, al segundo piso del antiguo edificio que fuera sede la Casa Arana. El general Fernando Sarmiento figuró como comandante en jefe de las fuerzas peruanas en el Amazonas y el coronel Ernesto Montagne como jefe del estado mayor en operaciones.

Capítulo 11

LA DEFENSA DEL HONOR Y LA INMORTALIDAD DE LA GLORIA

A raíz de lo que se llamó “nuestra desgraciada y desastrosa conducta de Puerto Calderón” se siguió un consejo de guerra al comandante de la guarnición. Jacobo Díaz presenta así los hechos:

«La tercera compañía del batallón Juanambú No. 18 partió de Bogotá rumbo a la frontera del sur el día 9 de febrero de 1933 al mando del entonces capitán Diógenes Gil. Después de grandes dificultades llegó hasta Puerto Calderón, constituyéndose así en la unidad geográficamente más avanzada de las fuerzas que operaban en el Alto Putumayo» (Figura 5).

«No obstante su proximidad al principal fuerte enemigo Puerto Arturo, se le mantenía sin dotación de munición de guerra, a un régimen de orden cerrado y sin las debidas medidas precautelativas. Dos meses después de permanecer en esa guarnición, el 16 de abril de 1933, Domingo de Pascua, a las once y media de la mañana encontrándose la compañía en formación--tres pelotones de fondo---en revista de aseo para pasar al almuerzo, fue sorprendida por el enemigo con nutrido fuego de



*Primeras instalaciones del batallón Juanambú de Florencia, década de 1930.
(Archivo familiar. Editado por Julián Penagos)*

ametralladora desde posiciones estratégicamente ubicadas al otro lado del río. A pesar de tan precarias circunstancias con el armamento a 300 metros distante del punto donde fue sorprendida la compañía, munición bajo llave y en un lugar no bien definido para la tropa, ésta---con un bajo porcentaje de excepciones que bajo el impacto psicológico de la sorpresa buscó ponerse a salvo internándose en la selva---se armó, rompió con machete el cuarto de la munición ubicado en plena zona de peligro, rompió cajas de madera apuntilladas y a escasos 10 minutos estaba contestando el fuego. Al cabo de tres horas el fuego enemigo principió a decaer y los disparos a sentirse cada vez más lejos. A las tres de la tarde ya cesó por completo, indicando ésta de que habían sido derrotados, pero no se podía intentar ninguna persecución por estar de por medio el río y carecer de implementos para pasarlo. Nos sentimos satisfechos de haber defendido el puerto en tan comprometidas circunstancias.»

Los de la guarnición eran 200, a órdenes de los mayores del ejército Gil y Márquez, un capitán Galindo y cuatro tenientes. Novedad reportada: un muerto y cuatro heridos; 20 que se internaron en la selva y alarma en todo el frente y Estado Mayor en Bogotá.

El origen del nombre de Puerto Leguízamo se debe al soldado Cándido Leguízamo, uno de los protagonistas de la siguiente acción contada por Molina Mendoza:

«Pubenza queda en la boca del Caraparaná, en el Putumayo. Por el 25 del mes de enero, los de Pubenza fueron sorprendidos con la presencia por allí de los barcos peruanos Alberto y Guayaga; hacían disparos a granel, como en vía de ejercicio o de ataque. Lo anterior, que causó alarma y prevención, hizo determinar al capitán Pantoja explorar toda la zona. Con el fin de que cumplieran esta comisión, mandó a tres soldados en la mañana del día 29.»

«Pantoja se había quedado en la guarnición con los nueve hombres restantes, de los cuales cuatro se retiraron con permiso a ciertos menesteres, como el de la caza y de la pesca. No habían transcurrido sino 30 minutos cuando el centinela del puesto de observación dio el siguiente parte: que en la playa de enfrente, o sea en la ribera peruana, divisaba a un hombre.»

«La presencia de alguien en la rivera opuesta, motivaba justa alarma, pues jamás se había presentado el caso, ya que la guarnición peruana más vecina quedaba del lugar por los menos a 20 minutos. Ella se llama Meléndez. Con anteojos de campaña se puedo reconocer el hombre sospechosos, el cual se ponía en ademán como de querer manifestar su deseo de pasar a nuestra ribera. Vestía más a lo indio que a lo de soldado: pantalón azul y camisa blanca, ambas prendas raídas; sin sombrero ni gorra, y a sus espaldas un cesto o canasto. Tal era su talante.»

«Por esos instantes llegaron ante el capitán Pantoja los soldados que se habían retirado no hacía mucho tiempo; entre ellos se encontraba Octavio Moreno, Cándido Leguízamo y Antonio Cárdenas. Estos, enterados de lo que ocurría, pidieron a su jefe que les permitiera ir hacia el hombre edificarlo y traerlo. Pantoja se negó a la intención por creerlo una imprudencia. Y como él volviera al lado del centinela a proseguir con el anteojo su inspección, los tres soldados se empeñaron en hacer lo que habían concebido; a hurtadillas, tomaron remo y canoa para atravesar el río. Llevaban sus respectivos fusiles.»

«El río allí no tenía en ese entonces más de 20 metros de ancho; el Putumayo se encontraba en sequía. La tarde estaba nebulosa y amenazaba temporal. Nuestros tres soldados, cuando ya navegaban, fueron vistos por Pantoja. El, temeroso de algo que no podía precisar, y como ya se desataba el temporal, renovó su orden; Leguízamo y sus compañeros no la quisieron atender.»

«El capitán Pantoja seguía explorando con su anteojo. Se oscureció el cielo y comenzó a llover, pero no tanto para que Pantoja dejara de localizar del indio su presencia y actitud. Vio como éste, cuando los nuestros llegaban a la orilla peruana, se internaba maliciosamente en la selva; también observó que portaba, casi invisible, una carabina.»

«Reiteró en voz estentórea a los tres soldados que regresaran a su cuartel. Tampoco lo hicieron esta vez; ya habían amarrado la canoa y se dirigían por la playa en busca del hombre. Solamente tornó a la canoa el soldado Cárdenas, para regresar a su campamento.»

«Arreció el aguacero, y ya el capitán poco dominaba la ribera opuesta; apenas alcanzó a precisar que Leguízamo y Moreno se internaban ya en la selva. Pasaron minutos muy angustiosos para el capitán, sin que viera volver a la playa ni a Leguízamo ni a Moreno. El no podía esperar nada agradable del incidente tras de

un hombre sospechoso, que apresuradamente se había ocultado, como en aviso de la presencia de los nuestros, en su ribera.»

«Así ocurrió. A una distancia calculada de 300 metros, oyeron todos los de nuestro campamento de Pubenza la detonación unísona de dos fusiles, seguida de fuego generalizado e intenso. Disparaban contra los tres soldados y nuestra guarnición. Pantoja, con los que tenía a su lado, contestaba en lo posible el nutrido tiroteo. El fuego cesó a los 25 minutos. Pantoja se trasladó inmediatamente a la ribera peruana en busca de sus dos soldados y reconocer el campo donde se había iniciado el fogueo. Dejó algunos soldados en nuestro puesto y atravesó el río con el resto; después de haberles emplazado a aquéllos el único fusil-ametralladora de que se disponía. Dio instrucciones para que se hicieran la defensa que fuera menester.»

«Sobre la playa, y a unos 100 metros de la orilla del río, se encontró a Cándido Leguízamo. Numerosas heridas mortales le tenían postrado, en estado al parecer agónico; pero había que dejarlo momentáneamente para buscar a su compañero y cerciorarse de que el enemigo no acechaba nuevamente.»

«Todavía a unos 100 metros más adelante, y apenas a 20 del borde de la selva que circunda la playa, tropezaron con Octavio Moreno. Era ya víctima inerte. Se dice de este valeroso soldado que pudo resistir a pie firme el ataque enemigo hasta disparar ocho cartuchos; esto se pudo deducir porque el proveedor de su rifle estaba falto de ellos y porque el balazo mortal---del ojo derecho al cerebro---no era imaginable que lo hubiera recibido en esta posición. Los peruanos de la emboscada habían sumado 25 al mando de un teniente. Frente a nuestros dos bravos soldados y al borde inmediato de la selva, se hallaban un muerto y un agónico peruano; todavía un poco más distante, cinco igualmente cadáveres o quién sabe cuántos más.»

«A Octavio Moreno se le enterró ligeramente en la playa,

haciendo uso de los remos; no se le podía rescatar a la ribera colombiana por temor a la nueva presencia del enemigo y a la falta de tiempo, pues ya oscurecía. Socorrieron a Leguízamo tomándole en hombros hasta llevarlo a la canoa. Atravesaron el río de regreso a la guarnición, donde se le hicieron las primeras curaciones; sus heridas habían sido producidas con proyectiles de carabina Winchester y de rifle Máuser.»

«El teniente Ayerbe---comandante de El Encanto y con jurisdicción en Pubenza---hizo trasladar a su comando de aquel lugar al herido, que más tarde fue hospitalizado en Cauca yá y todavía después fue a Bogotá, donde falleció en medio de la más grande apoteosis.»

La historia oficial habla de una «...valerosa acción al asumir el mando de las tropas de su unidad tras la muerte de su comandante, y llevarlos a la victoria en la Batalla de El Encanto luego de haber sido mortalmente herido, <lo que> constituye un ejemplo de valor digno de divulgar...».

Capítulo 12

LA PAZ NEGOCIADA

Colombia desarrolló una activa gestión diplomática en el Consejo de la Sociedad de las Naciones que concluyó con los acuerdos de Ginebra, el Pacto de Río de Janeiro y la aceptación definitiva del Tratado Salomón-Lozano firmado en Lima en 1922.

La posición peruana de Güepí tomada el 26 de marzo de 1933 fue devuelta el 23 de junio del mismo año y Leticia quedó en manos de una Comisión Internacional dos días después. La conformaban el coronel Arthur Brown, de los Estados Unidos, el capitán español Francisco Iglesias y el comandante Lemos Bastos, del ejército brasileiro. El vapor Nariño con 150 hombres arribó ese mismo día, bajo el mando del general Eduardo Ortiz Borda. Justo un año después, el 19 de junio, se recibió oficialmente y se procedió a nombrar Intendente del Amazonas a Ignacio Moreno.

El acta de entrega de la posición de Güepí la hizo el teniente coronel Ángel María Diago, comandante del batallón Huila No. 19 al mayor Hipólito Paredes, segundo jefe del batallón mixto del ejército del Perú.

Las últimas medidas tomadas tuvieron relación directa con el departamento del Caquetá. Una de ellas fue el nombramiento de dos comisiones para el estudio minero en las regiones del Caquetá, Putumayo y Amazonas: una para el Alto Caquetá y Alto Putumayo, y la otra para el Bajo Caquetá, entre La Pedrera y Tarapacá. El 21 de julio de 1933 salió de Bogotá la comisión que entró por Guacamayas y San Vicente, continuó por Florencia, el Bodoquero, El Pescado, Belén de los Andaquíes, Puerto Limón, Tres Esquinas, Mocoa y finalmente concluyó en Pasto. De allí regresaron por San Agustín y terminaron en Campoalegre, donde habían iniciado la correría.

La Base Auxiliar del Sur fue creada por esa época, según decreto reservado 765 del 13 de abril de 1934, ubicada en el sitio de Tres Esquinas, cerca de la desembocadura del río Orteguaza al Caquetá, y que reemplazó a la de Puerto Boy. Hoy es una gran base aérea utilizada en la lucha contra-insurgente, donde se dice, está acantonado un destacamento del ejército de los Estados Unidos desde hace cinco años.

Los soldados desmovilizados comenzaron a regresar por la ruta de Florencia. Así la encontró Jorge Tobón: «... había allí una especie de sociedad anónima de tahúres, explotadores y todo lo más malo socialmente reunidos, para extraer de los bolsillos de los evacuados enfermos y por toda las tretas posibles, el dinero que habían ahorrado en la campaña porque no tenían en que gastarlo.»

«A esta maravilla de sociedad, le advirtió el alcalde de aquella época, julio de 1934, que habían llegado evacuados del Putumayo un sinnúmero de maleantes e individuos peligrosos en todos los sentidos y les ordenaba estar alertas.»

«La vía carretable entre Neiva y Florencia, trazada a toda prisa, la navegación por los ríos Orteguaza y Caquetá, la

carretera transitable en verano La Tagua-Caucayá hecha a trabajos forzados y la navegación del Putumayo le habían dado el triunfo a Colombia.»

«Los peruanos no continuaron las hostilidades no por falta de ejército ni por carencia de deseo para ello, sino por ausencia de vías de comunicación. Colombia estaba en condiciones de poder llevar hasta dos mil hombres semanales a la frontera del Sur. El Perú tenía su guarnición más cercana al Putumayo, a veinte días de viaje.»

«Con buenas comunicaciones los peruanos hubieran continuado las disputas en la región amazónica. Pero Colombia les ganó de mano al disponer de las mejores facilidades para un control territorial efectivo.»

La guerra colombo-peruana no fue ajena al hecho histórico tanta veces comprobado del logro de mejoras económicas para el ganador de las contiendas bélicas. Colombia venía padeciendo una aguda crisis financiera originada en el “crack” de 1929 y que se agudizó en los primeros años del gobierno de Olaya Herrera (1930/1932). Sigamos la opinión del historiador caqueteño Bernardo Tovar Zambrano en su libro *La intervención económica del Estado en Colombia (1914-1936)*:

«Un fenómeno que finalmente contribuyó a contrarrestar los efectos depresivos de la crisis fue el conflicto con el Perú (1932-1933). El conflicto armado significó para el país la erogación extraordinaria de \$44.319.381, suma que contribuyó a reanimar la economía. Para reunir esos recurso extraordinarios el gobierno ejecutó, entre otras, las siguientes operaciones financieras: por la Ley 12 de 1932 se autorizó al gobierno para conseguir un préstamo de \$10.0 millones por medio de la emisión de bonos internos de “un empréstito patriótico”; para atender el servicio de los bonos se crearon impuestos especiales sobre espectáculos públicos, loterías, giros al exterior y teléfonos. Se

efectuaron diversas operaciones de crédito con el Banco de la República, por valor aproximado de \$21.9 millones y además con el Banco Agrícola, Caja Colombiana de Ahorros, Banco Central Hipotecario y otros bancos.

Para amortizar el primer préstamo del Banco de la República de \$5.0 millones, se estableció un impuesto llamado cuota militar; se abrieron también suscripciones y donaciones. Estos ingresos extraordinarios permitieron un incremento notable en los gastos del Estado, los cuales pasaron de \$46.2 millones en 1932 a \$75.0 millones en 1934. En los mismos años los gastos militares de defensa nacional se elevaron de \$3.5 millones a \$20.4 millones, llegando a representar en 1934 el 27,3% de los gastos totales. Entre otros efectos del conflicto, además de los pertinentes al gasto mencionado, pueden citarse los siguientes: la apertura de las vías hacia el sur del país, las cuales permitirían el flujo colonizador al Caquetá y otras zonas; los aeródromos de Palanquero, El Guavio, Tres Esquinas y Buenaventura; la navegación colombiana en el Putumayo y Amazonas; algunas bases navales y el fortalecimiento del aparato militar del Estado. Los gastos efectuados por el Estado a propósito del conflicto con el Perú produjeron un notable efecto expansivo en la economía nacional. El propósito del gobierno había sido no sólo defender la soberanía nacional sobre el trapezio amazónico, sino también utilizar el conflicto como un medio para enjugar el déficit fiscal y reactivar la economía... En 1933, los signos de la recuperación se hacían evidentes... A partir de 1933 los indicadores de la economía y de las finanzas del Estado comenzaron a exhibir valores crecientes...» (pp. 219/21).

A casi ochenta años de ocurridos los hechos del conflicto colombo-peruano, los veteranos han desaparecido; muchos de ellos permanecieron en estas tierras para siempre, principalmente en el Caquetá y el Putumayo. Sus descendientes, la primera gran generación oriunda de la Amazonia, comienzan también a ceder el paso a la siguiente. Su legado será el fracaso en

la solución de los grandes problemas, uno de los cuales se hizo referencia en estas notas.

Y curiosamente, como lo avizoran destacados comentaristas internacionales, sobre la cuenca hidrográfica del Amazonas se aprestan a disputarse el porvenir las grandes potencias de la tierra, donde todo parece indicar seremos unos convidados de piedra. Soñó Bolívar para la Gran Colombia un destino de potencia mundial. Las clases dirigentes de la gran nación dividida interpretaron que nuestro destino se correspondía mejor con la de ser peones en el ajedrez de la política mundial. Volverá a repetirse la frase atribuida al General Rafael Reyes, buen conocedor de la región pues fue traficante de quina en el Putumayo y uno de sus hermanos cauchero---junto con ellos creó la Compañía Caquetá en 1875, quien siendo informado cuando era presidente de la república de la situación en las caucherías atinó a decir: “Como usted bien dice esas son cosas de caucheros”. ¡Y pasó a otro asunto de mayor importancia!.

Capítulo 13

EL PREDIO PUTUMAYO

Presentemos en este apartado final el punto de vista peruano y un perfil de Julio César Arana, el causante del conflicto del año 33. Al parecer existe también una urdimbre de factores internacionales que jugaron aparentemente un papel decisivo y desconocido para el común de los colombianos. La fuente, que se citará generosamente y con la que contraemos una gran deuda, es la ya citada obra *Arana, el rey del caucho* del argentino Ovidio Lagos.

Julio Arana venía alegando perjuicios causados por colombianos desde 1910. Pablo Zumaeta, a nombre de la Casa Arana, demandó ese año al Estado Colombiano por una suma superior a las 800 mil libras esterlinas, de las cuales 160 mil «correspondían a los daños que había causado la fuga de innumerables indios de las secciones caucheras de Arana, gracias a la colaboración de los colombianos quienes les daban refugio, como también a los gastos generados para crear comisiones para perseguir a los indios fugados. De más está decir que esa iniciativa no prosperó».

Por otra parte sostiene Lagos que «Estados Unidos había

mantenido una sospechosa neutralidad en los escándalos del Putumayo... Si Perú era internacionalmente desacreditado con respecto a las atrocidades y si se demostraba que todavía persistían, era probable que la situación se aprovechara para que Bogotá y Washington llegaran--- para utilizar un término en boga en esa época-- a un *entente cordiale* en la cuestión de Panamá. Este país se independizó de la Gran Colombia <sic>, apoyado por los Estados Unidos, con el solo fin de que el gobierno norteamericano construyera y administrara el futuro Canal de Panamá (que sería inaugurado dos años después) <sic>. Qué mejor, para apaciguar a los colombianos, que ofrecer el Putumayo. Colombia no correría el riesgo de intervenciones armadas estadounidenses, como las llevadas a cabo en Cuba, Nicaragua o Filipinas. Por todo lo dicho, Julio César Arana temía, y con razón, que las denuncias en su contra sirvieran para despojarlo de lo que tanto le había costado construir.»

El Tratado Salomón-Lozano, documento sobre el que Colombia fundaba sus derechos, había tenido el origen siguiente: «... el 24 de marzo de 1922, a instancias de Leguía <presidente del Perú>, se firmó un protocolo secreto entre ambos países, rubricado por el ministro de Relaciones Exteriores peruano, Alberto Salomón Osorio y por el Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Colombia en Lima, Fabio Lozano Torrijos, que debería ser aprobado por los respectivos parlamentos. Leguía optó por mantener en secreto este acuerdo hasta su reelección, en 1924. El documento, sin más, entregaba a Colombia el territorio comprendido entre los ríos Putumayo y Caquetá, que era precisamente donde estaba ubicado el imperio de Julio César Arana. A cambio, Perú recibía un discutible sector en la frontera con Ecuador. También se incluía el Trapecio de Leticia, que le otorgaría a Colombia más de cien kilómetros de costa sobre el río Amazonas. Por qué Leguía entregó esa rica región cauchera es tema de debate, y es inevitable que se mezclen diversos motivos geopolíticos, desde el problema aún no resuelto de Arica y Tacna, regiones que permanecían bajo el dominio de

Chile después del triunfo de ese país en la guerra del Pacífico de 1879, hasta las presiones que ejerció Estados Unidos para compensar a Colombia por el desprendimiento de Panamá de la Gran Colombia, en 1903, claramente orquestado por Washington.»

«Sin embargo, era difícil que un tratado de ese calibre permaneciera incógnito durante mucho tiempo; antes de que Brasil lo diera a conocer públicamente, en 1926, Arana se enteró de su existencia. El problema se agravaba, debido a que Perú entregaba a Colombia el Trapecio de Leticia, con salida al Amazonas, lo cual disgustó al gobierno de Río de Janeiro. El haber descubierto la existencia del protocolo secreto fue un duro golpe para el cauchero, pero todavía existían posibilidades de que no se ratificara, que se diluyera en el tiempo o que cambiara el gobierno. Acaso no comprendió que, para Leguía, el Putumayo era una ficha negociable dentro del damero de las relaciones internacionales y que el presidente tampoco ignoraba que el senador loreetano le opondría una feroz resistencia, que buscaría alianzas en el Congreso, o que llegara a patrocinar un golpe de Estado.»

Cuando finalmente se discutió en 1927 el Tratado Salomón-Lozano en el Congreso del Perú, el ahora senador Julio César Arana, después de ingentes esfuerzos para que no se aprobara dejó la siguiente constancia: “Voto en contra porque el Tratado no ampara claramente el derecho de los peruanos ni de sus propiedades, ni los capitales invertidos en esa región”. Su biógrafo comenta: «Ya era penoso perder La Chorrera y El Encanto, dos bastiones emblemáticos de la Casa Arana, y fue inevitable que Julio César temiera que no lo compensaran económicamente. Pero la margen izquierda del Putumayo quedaba en poder del Perú y, por lo tanto, el cuarenta por ciento de su imperio también quedaría bajo esa bandera. La primera decisión que tomó fue que no le iba a regalar a Colombia sus indios y que nada dejaría en pie de lo que debía abandonar, lo cual

produjo una masiva migración de indios voluntaria o compulsiva, según las circunstancias. Algunos optaron por trasladarse hacia el norte y otros, por instalarse en tributarios del río Caquetá; los empleados de la Casa Arana persiguieron a los indios que abandonaban el territorio y que se habían asentado en el río Yari <sic>, pero no como en otras épocas para torturarlos o matarlos porque no recolectaban caucho, sino para reubicarlos en la margen derecha del Putumayo. Muchas tribus se negaron a abandonar sus nuevos asentamientos, pero, aun así, 6.719 indios --de los cuales 2.351 eran niños-- cayeron en las garras de la Casa Arana. El operativo, supervisado por Carlos Loayza, los transportó desde los ríos Caraparaná, Igaraparaná y Caquetá. El problema es que el caucho peruano ya nada valía y había que buscar nuevas fuentes de explotación. A pesar de las migraciones forzosas y de que el Tratado Salomón-Lozano le aseguraba a Julio César Arana una fabulosa compensación económica por parte de Colombia si expropiaba sus tierras, iba irremediabilmente camino de la ruina.»

Es probable que el Gobierno de Bogotá no se enterase de estos hechos, y si los conoció los ignoró como era tradicional. Las pretensiones de Arana se apoyaban en la decisión del gobierno de Leguía que en 1921 le había otorgado la propiedad de un poco menos de 6 millones hectáreas entre el río Putumayo y el Caquetá, y cuya protección quedó pactada en el artículo sexto del Tratado Salomón-Lozano, donde el Gobierno Colombiano se obligaba a indemnizar las propiedades de peruanos que las hubieran obtenido a “título legítimo”.

Según la fuente que estamos citando, había razones para inconformidad de los peruanos: «Colombia poco respetó los términos del Tratado; del mismo modo que no cumplió con Julio César Arana al expropiarle sus tierras sin indemnización, decidió imponer controles y restricciones a la navegación, ya que todos los barcos que se dirigían a Iquitos debían pasar por esta ciudad. Esto significó, sin más, un rigurosísimo control --ilegal, por

cierto-- de todo lo que ingresaba o salía de Iquitos, ciudad que, como ya hemos señalado, dependía de la libre navegación para importar productos de primera necesidad. Luego comenzaron las discriminaciones, desde pagar menos a los obreros peruanos, hasta la prohibición de cantar el Himno Nacional peruano en las escuelas. Fue entonces que surgió la tentación separatista de Loreto que, después de todo, poco o nada había recibido de Lima. Había sido expoliado con derechos aduaneros, maltratado por la indiferencia que demostró el gobierno nacional hacia la salud y la educación, discriminado como si se tratara de una remota colonia. Quizás el impulso inicial de la Toma de Leticia no fue netamente separatista sino sólo un medio coercitivo para que se respetaran las cláusulas de un tratado, una reacción originada en el honor herido por el maltrato colombiano. Los loretanos objetaban que Perú hubiera entregado el Putumayo y el Trapecio de Leticia, un total de 136.173 kilómetros cuadrados, a cambio del territorio de Sucumbios <sic>, en el Alto Putumayo, que Colombia entregara a Ecuador en la segunda década del siglo XX, lo cual habla a las claras de graves irregularidades.»

El final de esta historia se escribió durante el gobierno de Guillermo León Valencia (1962/1966). «... Y aquí es cuando entra en escena un personaje para algunos siniestro, hábil comerciante, dueño de innumerables propiedades en Iquitos y que le había adquirido a Otoniel Vela el deslumbrante Hotel Palace de esa ciudad. Se trata del judío maltés Víctor Israel, que terminó quedándose con lo que restaba de la fortuna de Arana que, contrariamente a lo que el propio cauchero suponía, no era poca. En 1939, Julio César Arana le vendió a Israel por trescientos mil soles --aproximadamente cuarenta mil dólares-- sus supuestos dominios del Putumayo. Israel le vendió al gobierno de Bogotá, a través del Banco Agrícola Hipotecario de Colombia, toda la documentación de la Casa Arana en doscientos mil soles y, en 1964, la Caja Agraria colombiana abonó los ciento sesenta mil dólares restantes a Víctor Israel. Ciertas versiones afirman que algunos herederos de Arana, que ya había fallecido, cobraron

parte de ese dinero.»

Los territorios colombianos de Arana son conocidos en Colombia como el “Predio Putumayo”. En ellos, el gobierno nacional fue creando a partir de 1981 más de 50 resguardos indígenas con una extensión cercana a los dos millones de hectáreas. La población indígena de la Amazonia representa hoy el 7% de la población indígena colombiana y según la Constitución Política de 1991 los “pueblos originarios” tienen derechos inalienables a su cultura, al uso de su propia lengua, administración de justicia y territorios propios.

Julio César Arana del Águila Hidalgo murió pobre y olvidado de todos en Lima en 1952. ¿Cómo era visto por los peruanos durante sus años de gloria? ¿Cómo era Iquitos y el Putumayo en la imaginería popular? Aurelio Blanco, un cauchero que había trabajado para la Casa Arana, se encontró en Manaos, la mañana del 24 de junio de 1908, con el ingeniero norteamericano Walter Hardenburg, ya conocido en estas crónicas. Lagos recrea imaginariamente así el inicio de una larga conversación:

«El río es como un imán irresistible, como una montaña a la que se quiere llegar, que nos hipnotiza hasta el punto de no poder detenernos. Y una vez que se llega al Marañón, la única obsesión es alcanzar el Amazonas, con la absurda esperanza de que ese río dé una solución mágica a nuestra vida. A cuántos escuché decir que había que llegar a Iquitos, que había que dejar para siempre Yurimaguas, Tarapoto o cualquier otro poblado que se encontrara en esas latitudes de la miseria. A Iquitos no se llega: se va derivando, el río nos conduce y nada nos detiene. No hay mujer ni trabajo que pueda disuadirnos. Se termina llegando, porque el río nos arrastra, como si su corriente arrasara con dudas, temores, incertidumbre ante lo desconocido. Pero no era Iquitos el destino final, sino un mero trampolín hacia otra posible prosperidad que se había hecho carne en los que vivíamos en la Amazonía. Había una palabra mágica en boca de todos, como si

se tratara de una inagotable cornucopia en plena selva, y bastase con estirar la mano para abrir ese torrente inextinguible: Putumayo. Allí, en la selva impenetrable, en tierras de nadie, estaba la esperanza. En 1906, hace apenas dos años, finalmente llegué a Iquitos. Yo nunca había visto ciudad igual.

La calle del Próspero estaba adoquinada con fondos de botella de champán francés; las fachadas de aquellas casonas solariegas tenían ventanas enrejadas, fachadas de azulejos de Portugal, balcones de hierro forjado. No había iquiteño, pobre o rico, que no mencionara a don Julio. Qué patriota, señor. Gracias a él el Putumayo era nuestro y los colombianos tuvieron que retroceder a sus límites, a sus guerras civiles, a sus pequeñeces. Gracias a él, el puerto de Iquitos estaba vivo y repleto de caucho. En la ciudad, se lo consideraba un dios. ¡Con solo una palabra suya surgían hospitales, escuelas y hasta ya no había que ir a buscar agua al pozo!. Quién no conocía la gloriosa Casa Arana, a don Julio, a don Lizardo, su hermano, si eran la médula de Iquitos, los que habían echado a los extranjeros, y hasta el gobierno de Lima les debía que nuestras fronteras se extendieran hasta el río Caquetá, ahora en poder del Perú, sin intrusos, sin colombianos que nos robaran el caucho...»

Capítulo 14

LOS PUEBLOS ORIGINARIOS

Pero estas crónicas quedarían incompletas sin una mirada a la otra cara de la moneda que responda cruciales preguntas: ¿Qué papel jugaron aquellos indígenas esclavos huidos o los que vivían en la periferia de la zona del terror? ¿Cómo percibieron la presencia del ejército colombiano?

Ellos estuvieron presentes y participaron con entusiasmo. La pluma lacerante de Antolín Díaz, corresponsal de guerra, se torna exultante al dar cuenta de su colaboración: «¡Gloria a los coreguajes! ¡Gloria a los huitotos! Ninguna cooperación tan eficiente como la prestada por estos indígenas en todos los pormenores de la campaña del Putumayo. Construyeron casas <hasta un aeródromo, cuyos salarios se apropió el cauchero del lugar>; fueron los guías expertos en los primeros meses de la movilización por los ríos desconocidos. Desempeñaron admirables servicios de exploración. Soportaron privaciones múltiples.»

«Evoquemos algunos nombres. El cabo Filomenón hacía parte de la tripulación en uno de los cañoneros. Herido en uno de los encuentros, siguió combatiendo con denuedo hasta caer

desangrado.»

«Dos sobrinos de Piranga, como él coreguajes, se contaban en la plana mayor del Batallón “Huila”. Los dos, soldados valerosos, inteligentes, sufridos y leales. Pesados trabajos realizaron siempre con decisión y con empeño.» (*Lo que nadie sabe de la guerra*, p. 88.)

Para nuestra vergüenza, ningún sitio, ninguna localidad perpetúa su memoria. Sí lo hacen con ocasionales personajes, aun extranjeros, a quienes el azar los vinculó a estas regiones. Más grave, ¡los nombres originales dados por sus verdugos a sitios donde se almacenaba el caucho, las infames “agencias”, aún se conservan!

¿Quién recuerda el nombre del capitán de los boras Katerene, líder de un levantamiento en 1909, cuya cabeza y manos fueron exhibidas en el campamento de Abisinia? ¿O del también capitán bora Makapaamine dirigente de una guerrilla en las riveras del río Cahuinarí? ¿O del capitán de los uitotos Yaroacaмена responsable de la toma de la agencia Atenas en 1917, quien rodeado en esas instalaciones fue incinerado junto con ancianos, enfermos, niños, mujeres y todos los combatientes?

¡Sin duda, la historia de la Amazonia colombiana está por enseñarse, o tal vez, por reescribirse con una adecuada y justa toponimia!

Cuando el médico australiano Michael Taussig anduvo por las tierras del Putumayo y del Valle del Cauca, entre los años 1969 y 1985, recogió los siguientes testimonios que aparecen en su monumental tratado *Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje-Un estudio sobre el terror y la curación*, publicado originalmente en inglés por la Universidad de Chicago en 1987.

El viejo soldado recuerda

«Conocí a un viejo, todavía ágil y capaz de trabajo duro, en el interior del país, en Puerto Tejada para ser exacto, el cual había combatido como soldado en el Putumayo en la guerra con el Perú, en 1932. Había pasado allí dieciocho meses. [...] “... En cuanto a los indios, ¡ajá! Eran nuestra vida. ¿Qué quería decir con eso? Porque eran los barqueros. Eran nuestros amigos queridos. Nos traían alimentos de sus plantaciones. Yuca. Plátanos. Cacería. ¡No! No creo que el ejército les pagara un centavo. Y sus chamanes ayudaban enormemente. Cuidaban a los heridos. Tenían cosas para el mareo. Patricio Patimochó, el chamán siona, tenía entonces 149 años. Tenía la cabeza cubierta de llagas. Era el coronel de los indios, el hombre fuerte. Se lanzaba al frente de batalla para curar a los heridos. Tenía una canoa enorme.” [...] ¿Y los otros recuerdos de este *machetero* del Cauca? [...] Hoy, cincuenta años después de la guerra los veteranos colombianos siguen luchando por una pensión en reconocimiento de los servicios prestados a la patria. Ganaron la guerra pero hasta el momento no han recibido nada, mientras que los peruanos, que perdieron la guerra, consiguieron pensión. “Que no me hablen de la patria. Que no me hablen del Putumayo...”» (pp. 405/407)

La visión de un indio Ingano viejo

«Una vez le pregunté a mi amigo Florencio cuál era su visión de yagé más memorable. <El autor señala en otra parte, que Florencio nació en Mocoa en 1914 y educado por los padres capuchinos, trabajó con ellos en su juventud.> Esto fue lo que me dijo, en español, mientras estábamos sentados mirando salir las estrellas una hora después del atardecer. Hasta donde puedo saberlo, esta visión ocurrió hace veinte años cuando acompañaba por el río Caquetá a un chamán de Puerto Limón, el que estaba curando una enferma. Quizás sea pertinente saber que en su

juventud Florencio le sirvió de guía al hoy legendario padre Bartolomé en sus excursiones apostólicas río abajo a tierra de los temidos indios huitotos, y que por muchos años después Florencio fue sacristán de la iglesita de Puerto Limón. «Primero vi ángeles que venían, digamos, de las nubes. Venían a poner en mi frente los cristales que ellos llevan. Eso era lo que traían. Cada ángel. [...] Y más tarde, cuando el yagé lo pone a uno más borracho todavía vienen esos tentes, formando una cola, y siguen llegando. También vienen paujiles. [...] Entonces, finalmente, aparece un batallón del ejército. ¡Qué maravilla! ¡Cómo me encanta ver eso! No estoy muy seguro de cómo se visten los ricos, ¿no? ¡Pero los soldados del batallón son *muy* superiores a cualquiera en su vestido! Usan pantalones, y botas hasta la rodilla de puro oro, todo de oro, todo. Están armados, y se forman. Y yo también trato de levantarme... para poder cantar con ellos, y cantar con ellos, yo también. [...]» (pp. 384/385)

Hasta los perros lloraban

«Me hago muchas preguntas sobre el significado del ejército en la visión de Florencio, esa tropa maravillosamente dorada, cantando, bailando, ocupando el lugar de los chamanes que bailan vestidos de plumas y de espejos como espíritus del yagé, ese ejército que en cierto sentido reemplaza a estos espíritus--- “¿al verlos usted cura?”---Sí, contestaba el chamán. Y Florencio trató de levantarse y de cantar y bailar con ellos.

Tan sólo una vez me habló del ejército. Veía a los hombres más que a la institución, pero el discurso resplandeciente del nacionalismo estaba en buenas manos. Era en esa breve erupción bélica entre Perú y Colombia cuando se empleaba a los indios para llevar gasolina en canoa de Umbría a Puerto Asís. Florencio era uno de esos indios. Todo lo que me dijo fue que “cuando el ejército llegó a Puerto Asís no durmió. Tocaban las trompetas,

diciéndole adiós a Colombia y a sus familias... Pero ¡qué tristeza! Hasta los perros lloraban. Los que estábamos más enfermos nos levantamos a mirar y a escuchar. Nunca habíamos oído un sonido tan triste, arrancaba lágrimas, el sonido de esa música.”» (p. 401)

Katenere, el heroico cacique de los boras

La región ubicada entre los ríos Caquetá y Putumayo, hacia el oriente aguas abajo---hoy forma parte del departamento del Putumayo, ha sido habitada desde tiempos ancestrales por la 'Gente de la coca y el tabaco' o también llamada 'Gente de centro' y comprenden las naciones andoque, bora, huitoto, miraña, nonuya y ocaina. Comunidades que tuvieron el infortunio de vivir en el centro de ricos 'siringales' convirtiéndose en una fuente de mano de obra esclava.

Al ser pueblos débiles y además vencidos, es desconocida la historia de resistencia que algunos jefes ofrecieron a los caucheros. Otros miembros de familias huitotos, los que pudieron, optaron por huir a los territorios del Caquetá, en especial a las riberas del río Yarí. Poco a poco los antropólogos han venido desentrañando su visión del mundo en este triste período. Hoy se sabe, por ejemplo, que calificaban de antropófagos a los hombres blancos; y en los cantos rituales, los caucheros encarnan al diablo: son la 'Gente Quemadora' de la cual se debe huir.

Los cantos, danzas y consumo de alucinógenos son los componentes esenciales de las ceremonias rituales de los pueblos de la 'Gente de centro'. Convocadas por el jefe del clan, las ceremonias se realizan en la maloca principal y se prolongan durante varias jornadas o en una sola noche. El *yadiko* entre los huitotos y los olvidados bailes del canangucho y de la boa son algunos ejemplos de la más importante manifestación cultural de esos pueblos olvidados o ya desaparecidos.

Sir Roger Casement, cónsul británico en Río de Janeiro, visitó por orden de su gobierno las agencias caucheras del Putumayo que pertenecían en el papel a la *Peruvian Amazon Company*, una compañía cuyas acciones se transaban en la bolsa de Londres. Su

principal accionista era Julio C. Arana. El viaje de inspección se realizó entre finales de 1910 y principios de 1911, y en el informe oficial que rindió a las autoridades inglesas se puede leer lo siguiente:

«Quizá el oponente más resuelto y violento conocido por los asesinos había muerto pocos meses o tal vez semanas antes mi llegada al distrito. Este era un cacique o 'capitán' de los boras, llamado Katenere, mencionado frecuentemente en las declaraciones de quienes investigué. Este hombre que no era anciano, sino joven y fuerte, vivía río arriba del Pama, un pequeño riachuelo que desemboca en el Cahuinarí no muy lejos de la boca del Japurá. Bishop, mi intérprete, vio este jefe en 1907 cuando Normand fue a buscarlo con el fin de inducirlo a trabajar el caucho. Por necesidad, sin lugar a dudas, había consentido en traer caucho y por algún tiempo trabajó voluntariamente para Normand, pero el maltrato hizo que él, al igual que otros huyera. Más tarde fue capturado junto con su esposa y otros de su gente y fue encarcelado en los cepos del distrito de Abisinia para someterlo a un proceso de domesticación.

Estando prisionero, según me informó un hombre blanco que tenía un puesto muy bien pagado en la compañía, su esposa fue violada públicamente ante sus ojos por uno de los más altos agentes de la jurisdicción, un peruano cuyos antecedentes me fueron mencionados frecuentemente en el transcurso de mi investigación. Este hombre había sido obligado a irse de la agencia de Caraparaná debido a los crímenes que había cometido en la región en 1908. Allí había asesinado a varios 'caucheros' colombianos y violado a sus esposas, mujeres blancas, y sus crímenes eran tan notorios que se dice que las autoridades militares peruanas---por alguna presión en aquel tiempo---habían recibido la orden de arrestarlo.

La intención de arrestarlo no fue realizada, y era evidente ya que simplemente transfirió su residencia de un lugar del

territorio de la compañía a otro, y abiertamente se vanagloriaba de haber matado a los colombianos en sus nuevos cuarteles. Le dio un revólver a mi intérprete y guía, Frederick Bishop, diciéndole que lo había tomado de uno de los colombianos que él había ayudado a matar. Esto ocurría en el Último Retiro a principios de 1908. Luego prosiguió al distrito de Abisinia para reunirse con Agüero y Jiménez en las constantes redadas a los indígenas boras, y fue precisamente en esta época que violó a la esposa de Katenere ante los ojos de este jefe cautivo. Ayudado por una joven indígena, como me fue dicho, Katenere escapó, ya que la joven levantó la viga superior del cepo cuando nadie miraba. Pero no sólo se libró de esto sino que tarde o temprano logró capturar algunos rifles winchester de los 'muchachos' del distrito de Abisinia. Con esto armó a unos de su clan y acto seguido emprendió una guerra abierta en contra de los blancos y de todos los indígenas que les ayudaban o trabajaban el caucho. Disparó a más de uno, y a pesar de ser joven se convirtió en un hombre tan peligroso como Chingamui, conocido como un 'indígena muy malo'. Hacia mayo de 1909 encontró al hombre blanco que <lo> había llenado de amargura; cuando éste se dirigía con un grupo de indígenas para ver el caucho en una quebrada, le disparó a la cabeza y lo mató. De ahí en adelante se convirtió en motivo de temor constante y se organizaron expediciones desde Abisinia y Morelia para atrapar o matar a Katenere.

Fue en una de estas comisiones, en el verano de 1910, que Filomene Vásquez y su grupo 'había<n> dejado el camino limpio', capturaron a su esposa y la llevaron de nuevo a Abisinia para utilizarla de anzuelo, ya que sus captores estaban seguros de que Katenere regresaría a buscarla. Ciertamente esto hizo a principios de 1910, o fines de julio, y fue precisamente mientras preparaba el ataque a Abisinia cuando uno de los 'muchachos' le disparó en la oscuridad de la estación. Así está enunciado en la declaración de Evelyn Batson. Su hermano, que ya estaba prisionero en los cepos, trató de escapar esa noche y fue

asesinado por unos de los 'racionales' de la estación, llamado Juan Zellada, quien parece haberse hecho cargo del distrito en las temporales ausencias de su jefe Agüero. La muerte de Katenere fue profundamente lamentada.»

Fuente: Informe sobre el Putumayo de Sir Roger Casement, Londres, 1911, en *Putumayo: La vorágine de las caucheras--Memorias y testimonios*, Primera parte, Informe del Centro Nacional de Memoria Histórica, pp. 222/224.

Breve Historia del Cacique Huitoto Yarocaamen

Siete años después de la rebelión de los boras, el cacique huitoto Yarocaamena se levantó contra los caucheros peruanos para vengar la muerte de su hijo. De su vida y de su lucha no se sabe casi nada. Unos pocos datos deshilvanados se conocen: que asaltó la agencia Atenas en 1917, que «después de matar con astucia a algunos caucheros responsables de la muerte de su hijo, Yarocaamena se replegó en su maloca y se enfrentó a la gente de la *Casa Arana*. Durante días resistió el sitio, hasta que su coca y tabaco se terminaron. La maloca fue incendiada y sus habitantes, masacrados. Se dice que Yarocaamena y algunos sabios uitotos pudieron huir y su espíritu aún se convoca en los mambeaderos indígenas.»

Fuente: Museo Etnográfico. Leticia, Amazonas, Colombia, Banco de la República, cita en p. 65.

Esclavos Huitotos Huidos Al Caquetá

Testimonio de marcelo huitoto, un indígena huitoto-piedra

(Archivo General de la Nación, 1911)

«Yo soy un indio huitoto, Marcelo. Con este nombre soy conocido entre los empleados de la empresa Jaramillo, Mejía y Compañía. No sé qué edad tengo [“poco más o menos veinte años”, según el intérprete]. Nací en el Caquetá y pertenezco a la familia de los Piedras de la tribu de los huitotos [según el intérprete, “es buen trabajador, se le nota un talento bastante despejado y entre los indios que hoy trabajan en la empresa, puede considerársele uno de los más civilizados y hasta entiende bastante el español]. La tribu a la que pertenezco trabajó con la casa peruana de Julio C. Arana y Hermanos, sacando caucho que era llevado a la agencia de El Encanto. Yo me vine a trabajar con Braulio Cuéllar al Cuemañi <Cuemaní>, afluente del Caquetá, cuando yo estaba chiquito y también fui con el mismo Braulio Cuéllar al Cará-Paraná. Estando en el Cuamañi, llegaban frecuentemente a donde vivíamos mucho indios de los de mi tribu, que venían huidos del Putumayo y me contaron que se habían venido porque los empleados de la Casa Arana los trataban muy mal y no les pagaban nada, que los extendían en el suelo boca abajo, los amarraban cada pie y cada mano a una estaca y les daban azotes con un látigo grueso, hecho de cuero de danta, hasta dejarles casi los hueso en descubierto y en este estado les echaban agua-sal caliente.

A los que morían de los azotes les echaban petróleo y les prendían fuego. Cuando la bola de caucho que traían del trabajo les parecía pequeña a los empleados encargados de recibirla, les daban tres azotes tan fuertes que de cada uno les hacían saltar del

cuerpo los pedazos de carne.

Esto lo hacían con los ancianos y los niños, que eran incapaces para el trabajo, por su edad. Una vez que los indios de la tribu de los muinanes no habían querido seguir trabajando y se habían huido de los lugares que ocupaba la Casa Arana, los persiguió una partida de empleados de dicha casa, a órdenes de un tal Fonseca, y cuando los alcanzaron le cortaron la cabeza al capitán y las orejas a muchos de los indios.

Los mismos indios de mi tribu que llegaban huidos de Cuemañi me contaron que habían visto matar en el Putumayo y en sus afluentes, por empleados de la Casa Arana, a un señor Erazo, a Ildefonso González, a un señor Pulido, a Gustavo Prieto y a otros. Ellos me dijeron que los muertos eran colombianos.

Yo conocí a Agustín Ciceri y trabajé con él en Macuje, a orillas del río Yari. Braulio Cuéllar, con quien yo estaba trabajando, se vino para el Apaporis y me dejó con Ciceri. Ciceri se vino de Macuje porque llegó a Macuje una comisión de peruanos.

Yo estaba pescando con otro indio llamado Gervasio, en una chorrera del río que queda a una vuelta distante de la casa. Los peruanos llegaron cuando el sol estaba en mitad del cielo. Cuando ellos nos alcanzaron a ver unos estaban pasando el río en una canoa pequeña y otros comiendo cogollo de palma de milpeso. Gervasio se fue a avisar a Macuje y a mí me cogieron los peruanos. Fonseca, el jefe de los peruanos, me dijo que no tuviera miedo, que ellos iban a llevarse mi gente y que a mí me iba a dejar como su muchacho.

Los peruanos en la casa de Macuje se pusieron a hacer farina y guarapo. Mataron a todos los animales que había en la casa y se los comieron. Mandaron comisiones a buscar la otra gente, pero no la encontraron. Se estuvieron tres días en la casa y, como ellos traían bastantes indios, se llevaron todo el caucho que había en

Macuje y todos los muebles y útiles de la casa. Todo se lo llevaron.

Cuando yo llegué a Macuje con los peruanos, no encontré a Ciceri, ni a la gente, ni supe a dónde se habían ido. Cuando yo me fui de Macuje con los peruanos, me fui con ellos hasta las bocas del río Cuemañi, en el Caquetá. De este puerto los peruanos se llevaron muchas cosas que allí había, como ropa, maíz, pólvora, sal y el caucho que habíamos trabajado y que habíamos llevado de Macuaje al puerto. Esas cosas las había traído Fructuoso para el señor Ciceri. No recuerdo el apellido de Fructuoso, apellido ha de tener, pero no lo sé. El que lo sabe es Roberto Plaza. También conocí a Nicolás Montealegre porque volví donde Ciceri. Cuando yo me les hui a los peruanos, encontré a Nicolás y a Fructuoso en la casa de Macuje. Ellos fueron por una quebrada a buscar las casas de unos indios de Urbano Gutiérrez y me convidaron para que les acompañara pero yo les dije que no me iba con ellos porque ya los peruanos estaban por el lado de don Urbano.

Yo me les escapé a los peruanos cuando me mandaron a traer bejuco y yo me les hui. Ahí, en la bocana del Cuemañi, mataron los peruanos a un indio de los que ellos traían del Putumayo porque se había comido una gallina de las que trían de Macuje. A otro indio de los mismos, le dieron unos planazos con una peinilla. A mí me dio miedo y por eso hui. Después que hui, yo volví a salir hasta la casa de Macuje y de allí fui siguiendo el rastro de las huellas que encontraba y en muchas partes se me hizo muy difícil seguir el rastro porque el camino iba sobre piedras. Gasté quince días hasta llegar al Apaporis y a orillas de ese río encontré a Ciceri con Gregorio Calderón y a la gente.

Yo le conté entonces a Ciceri cuando lo encontré, que los peruanos se habían llevado todo lo que había en Macaje y en Cuemañi y que Fonseca y uno que llamaban el Mono, entre los peruanos, habían dicho que querían coger a Ciceri y amarrarlo para llevarlo a Iquitos.

Cuando me encontré con Ciceri y la gente nos pusimos a hacer unas canoas y cuando las tuvimos terminadas nos bajamos por el Apoporís. Nos demoramos unos días en Puerto Sucre, a orillas del mismo río, porque de allí mandó Ciceri a Eladio Trujillo que siguiera río abajo a ver si encontraba gente blanca y cuando volvió Trujillo a Puerto Sucre nos fuimos todos a Puerto Nariño a donde el doctor Jaramillo.»

Fuente: Archivo General de la Nación (1911). Sección: República. Fondo: Ministerio de Gobierno. Sección: Primera. Tomo: 677, folios: 171-176, en *Putumayo: La vorágine de las caucherías--Memorias y testimonios*, Primera parte, pp. 153/157.

Testimonio de Perú Huitoto, un Indígena Huitoto-muinane

(Archivo General de la Nación, 1911)

«Mi nombre es Perú, no sé qué edad tengo, [“poco más o menos, dieciocho años”, según los intérpretes]. Nací a orillas de la quebrada Mesay, afluente del Caquetá y pertenezco a la familia de los Muinanes, de la tribu de los huitotos. [“Parece persona de regular inteligencia; es de carácter despierto más bien y desde que es trabajador de esta empresa (Jaramillo, Mejía y Compañía) ha aprendido con facilidad los trabajos y ocupaciones que se le han puesto y siempre se le ha notado gusto en vivir al lado de los blancos”. Apreciación de los intérpretes.]

Tanto mi gente como yo trabajamos con la Casa de Julio C. Arana y Hermanos, sacando caucho que llevábamos a la agencia de la Chorrera. Por el caucho que sacábamos nos pagaban muy poco, porque por un rollo grande de caucho, de los que llevaban los hombres ya formados de la tribu, daban un cuchillo pequeño. Me daban muy mal maltrato. Frecuentemente nos azotaban con un látigo grueso, hecho de cuero de danta, a unos, extendiéndolos en el suelo y boca abajo, sujetos a cuatro estacas y, a otros, amarrándolos de las manos a la espalda y colgándolos después de

un árbol o de una viga de la casa. Cuando dejaban de azotarnos nos echaban en las heridas agua sal caliente. A mí me castigaron en esa forma muchas veces. [Los intérpretes examinaron el cuerpo del declarante y le vieron las muchas y muy profundas cicatrices que en la espalda y en las partes posteriores le han dejado los azotes que recibió de manos de los agentes y empleados de la Casa Peruana de Julio C. Arana y Hermanos].

Yo vi que un tal Fonseca, jefe de una de las secciones de la Casa Arana, mató a un indio de los de mi tribu llamado Ruire. Blancos no vi matar. Vi cuando a Aquileo Torres lo cogieron y lo amarraron con una cadena. A los indios de mi tribu les cortaban las orejas y después de cortadas se las metían en la boca y otros los sentaban en la tierra, les abrían las piernas y los castigaban.

Yo conocí a Agustín Ciceri pero no trabajé con él en caucho. Yo lo conocí cuando me vine con él por el Apaporis, cuando hui de los peruanos. Cuando fueron los peruanos a la casa de Ciceri y, entonces, yo hui.

Cuando yo llegué a la casa de Ciceri, en el Yará, ya no había gente. Seguí el rastro y alcancé a Ciceri en el río Cuñaré, en una casa de los indios carijunas. Le entregué la carta a Ciceri, él la leyó y la rompió. Yo me quedé entonces al lado de Ciceri. Del Cuñari seguimos para el Apaporis. En el Apaporis hicimos unas canoas y bajamos por ese río hasta Puerto Sucre y de allí bajamos en una lancha a Puerto Nariño, donde el doctor Jaramillo.

Nosotros salimos de la agencia de la Casa Arana llamada “El último retiro” con los empleados de dicha agencia y los de otras dos más, entre ellos, los de la sección que mandaba Mactinenque. Venían también muchos indios. El jefe de todos era Fonseca. Cuando íbamos para la casa de Ciceri, vi que en el puerto de Cuemañi había mucho caucho colocado sobre palos tendidos en el suelo y muchos sacos de maíz.»

Fuente: Archivo General de la Nación (1911). Sección: República. Fondo: Ministerio de Gobierno. Sección: Primera. Tomo: 677, folios: 177-180; en *Putumayo: La vorágine de las caucherías--Memorias y testimonios*, Primera parte, pp. 159/160.

BIBLIOGRAFÍA

- ARENAS V., Luis Alberto, *Un episodio de nuestra selva*, en revista “El Futuro”, año IX No. 46, Instituto Nacional La Salle, Florencia, 1964.
- BOY, Herbert, *Una historia con alas*, Editorial Carrera 7ª Ltda, Bogotá, 1989. [Primera edición: ediciones Guadarrama, Madrid, 1955.]
- DÍAZ, Antolín, *Lo que nadie sabe de la guerra*, Editorial Manrique, Bogotá, 1933.
- DÍAZ, Juan Jacobo, *La sorpresa de Calderón*, Editorial Canal Ramírez-Antares, Bogotá, 1977.
- GÓMEZ Valderrama, Pedro, *Los infiernos del Jerarca Brown* (1984), en *Cuentos completos*, pp. 194/233, Editorial Santillana, Bogotá, 1996.
- LASPRILLA Lozano, Jaime, *El Sur en 1930*, compendio de artículos, sin otros datos.
- MOLINA Mendoza, Luis, *En la línea de fuego*, Editorial Renacimiento, Bogotá, 1934.
- MONCOMILL, Fray Gaspar M., *Informe anual a la honorable Junta Arquidiocesana Nacional de Misiones-Labores de las misiones del Caquetá*, Imprenta Nacional, Bogotá, 1932.
- Museo Etnográfico. Leticia, Amazonas, Colombia*, Banco de la República, Museo del Oro, Roberto Pineda Camacho, Gaspar Morcote Ríos, Bogotá, 2014.

- NERUDA, Pablo, *Canto general*, dos tomos, Editorial Losada, Buenos Aires, 1971.
- NIETO Caballero, Luis Eduardo, *Vuelo al Amazonas*, Editorial Minera, Bogotá, 1933.
- TAUSSIG, Michael, *Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje-Un estudio sobre el terror y la curación*, traducción de Hernando Valencia Goelkel, Editorial Norma, Bogotá, 2002. (Primera edición en inglés, *The University of Chicago Press*, 1987.)
- TOVAR Zambrano, Bernardo, *La intervención económica del Estado en Colombia (1914-1936)*, Biblioteca Banco Popular, Talleres Gráficos Banco Popular, Bogotá, 1984.
- TOBÓN Restrepo, Jorge, *Sur (Memorias de un sub-oficial)*, Tipografía París, Bogotá, sf. (c. 1950). La segunda edición: *Sur. Memorias de un suboficial sobre el conflicto colombo-peruano*, Cooperativa Nacional del Libro Ltda., Martel Editores, Medellín, 1965.
- VALERO Cabezas, María Doris, *Conflicto colombo-peruano. La guerra con el Perú*, Academia Colombiana de Historia, Instituto Superior de Historia, monografía presentada para optar al título de experta en Historia de Colombia, Bogotá, 1982. [En este texto se incluyen el Acuerdo de Ginebra y un resumen del Pacto de Río de Janeiro.]
- VÁZQUEZ Cobo, Alfredo, *Pro Patria-La expedición militar al Amazonas en el conflicto de Leticia*, Departamento editorial del Banco de la República, Bogotá, 1985.
- VERNE, Julio, *La Jangada. Ochocientas leguas por el río de las Amazonas*, serie “Sepan cuantos...”, No. 509, editorial Porrúa, México, s.f.

SOBRE LA DESTRUCCIÓN DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS DE LA AMAZONIA

CASEMENT, Sir Roger, *Informe sobre el Putumayo*, Londres, 1911, traducción de Claudia Rocha, en *Putumayo: La vorágine de las caucherías--Memorias y testimonios*, Primera parte, Informe del Centro Nacional de Memoria Histórica, Bogotá, 2014, pp. 222/224.

DOMÍNGUEZ, Camilo, y GÓMEZ, Augusto, *Nación y etnias. Los conflictos territoriales en la Amazonia 1750-1933*, Edición patrocinada por Coama y la Unión Europea, Disloque Editores, Bogotá, 1994.

FRANCO García, Roberto, *Los carijonas de Chiribiquete*, Fundación Puerto Rastrojo, Bogotá, 2002.

PINEDA Camacho, Roberto, *La Casa Arana (1902-1932). Un enfoque etno-histórico del proceso extractivo del caucho en el Amazonas colombiano*, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Humanidades, Departamento de Historia, Bogotá, 1993.

PINEDA Camacho, Roberto, *Etnohistoria de las caucherías del Putumayo-Informe final*, Fundación para la Promoción de la Ciencia y la Tecnología, Banco de la República, Bogotá, 1983.

PINEDA Camacho, Roberto, *Historia oral y proceso esclavista en el Caquetá*, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Editorial Canal Ramírez-Antares, Bogotá, 1985.

PINEDA Camacho, Roberto, *Holocausto en el Amazonas. Una*

historia social de la Casa Arana, Espasa, Planeta Colombiana Editorial, Bogotá, 2000.

PINEDA Camacho, Roberto, *Panorama de la historia económica de la Amazonia (Siglos XVII-XIX)*, Boletín del Instituto de Antropología, Vol. 6, No. 21, pp. 63-87, Medellín, 1987.

Putumayo: *La vorágine de las caucherías. Memorias y testimonios*, Primera parte, Informe del Centro Nacional de Memoria Histórica, Bogotá, 2014.

SOBRE LA AMAZONÍA EN GENERAL

DOMÍNGUEZ, Camilo, *Bibliografía de la Amazonia colombiana y áreas fronterizas amazónicas*, editores Dainco, Corporación Araracuara, Colciencias, Editora Guadalupe, Bogotá, 1985. [Contiene más de 4.000 entradas de las publicaciones hechas hasta 1984.]

Reconocimiento y demarcación de territorios indígenas en la Amazonia, ponencias al Seminario sobre Reconocimiento y Demarcación de Territorios Indígenas realizado en Brasilia, diciembre 1991, editores Fundación Gaia y Cerec, Editorial Presencia, Bogotá, 1993. [Se enumeran en las pp. 77/78 las 81 etnias indígenas que habitaban en Colombia en 1988, señalando el número de familias, de habitantes y el lugar geográfico.]

EL PUNTO DE VISTA PERUANO

HERRERA, Genaro E., *Leyendas de Loreto*, s.f.

LAGOS, Ovidio, *Arana, rey del caucho*, Emecé Editores, Buenos Aires, 2001.

PEREIRA Vela, Enrique, *El «Manguaré» en la guerra con Colombia: un episodio de la campaña del Nor-orienté* Talleres de Prensas Industriales, Lima, 1959.

ZÁRATE Lescano, José, *Historia del conflicto con Colombia de 1932*, Biblioteca Militar del Oficial, Ministerio de Guerra, Lima, 1965.

BREVE BIBLIOGRAFÍA RECIENTE DE CONSULTA OBLIGADA

CAMACHO Arango, Carlos, *El conflicto de Leticia (1932-1933) y los ejércitos de Perú y Colombia*, Centro de Estudios en Historia, Universidad Externado de Colombia, Bogotá, 2016.

DAVIS, Wade, *El río--Exploraciones y descubrimientos en la selva amazónica*, El Áncora Editores / Fondo de Cultura Económica, Bogotá, 2010 (tercera edición).

GHEERBRANT, Alain, *La expedición Orinoco-Amazonas (1948-1950)*, traducción del francés de Jorge Bautista, Banco de la República / El Áncora Editores, Bogotá, 1997.

ROBUCHON, Eugène, *En el Putumayo y sus afluentes*, editado por Juan Álvaro Echeverri, Biblioteca del Gran Cauca, Editorial Universidad del Cauca, Popayán, 2010. [Primera edición censurada y publicada en Lima en 1907 por Carlos Rey de Castro, cónsul peruano en Manaos y asociado de Julio César Arana. El francés E. Robuchon realizó trabajos de exploración para la Casa Arana y desapareció misteriosamente en el río Caquetá en 1906. Documento de excepcional importancia, contiene fotografías, notas geográficas y antropológicas de sus expediciones a los ríos Igaparaná (1903/1904) y Caquetá (1905/1906). Esta pulcra y

bella edición de la Universidad del Cauca, sin censura, contiene nuevos materiales, notas y va precedido por el ensayo *La suerte de Robuchon* del editor Echeverri.]

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a los hermanos Plutarco por persistir durante varios años en su idea original de publicar estas crónicas y a Luis Dámaso (q.e.p.d.) por autorizar a su empresa industrial "Helados Los Chamitos" la financiación de la primera edición de este libro.

A nuestros padres, el llanero Luis Arenas Celis y la huilense Josefa Vega, en cuya memoria reverente se han escrito estas letras.

Igualmente al Señor Rector de la Universidad de la Amazonia M.Sc. Fabio Buriticá Bermeo por hacer realidad la presente publicación, a la Oficina Editorial Universidad de la Amazonia, por el diseño y diagramación diligente a cargo del Profesional Julián Penagos García, y a los doctores Ernesto Fajardo y Javier Lara Cotacio por su desinteresado apoyo para hacer realidad la presente publicación.

Este libro se terminó de imprimir en DVS Publicidad y fue editado por la Universidad de la Amazonia en el mes de enero de 2022 en la ciudad de Florencia, Caquetá

EL AUTOR



Bachiller, Instituto de Orientación La Salle, Florencia (1964, 2ª promoción). Ingeniero Electrónico, Universidad Distrital “Francisco José de Caldas”, Bogotá (1970). Maestría en Planeación de Servicios Públicos de Telecomunicaciones, Universidad de Chile, Santiago (1973). Especialización en Ingeniería de Ondas Portadoras, *Nippon Telephone and Telegraph Public Corporation*, Tokio (1976).

Senior Member del *Institute of Electrical and Electronics Engineers-IEEE*. Miembro del Comité Ejecutivo del IEEE de la América Latina y el Caribe (2001/2004) y Presidente de la Sección Colombia del IEEE (2005/2006). Delegado a las Reuniones Regionales del IEEE de Morelia, México (2003), Buenos Aires (2004), Santiago de Chile (2005), Río de Janeiro (2006) y Punta del Este, Uruguay (2008), y al Congreso Mundial de Secciones, Washington (2004). Ha sido reconocido con el premio “*IEEE Innovation Award 2003*”.

Rector de la Universidad de la Amazonia (1985/1986) y profesor universitario, ha ocupado diversas posiciones académicas. Fue funcionario del Departamento Nacional de Planeación y de la Empresa Nacional de Telecomunicaciones-Telecom. Se ha desempeñado como consultor en las áreas de las telecomunicaciones, la informática y la educación superior.

Es autor de muchos artículos especializados y monografías. Ha publicado los libros *Las telecomunicaciones en Colombia* (Bogotá, 1992), co-autor de *Las políticas de comunicación en Colombia* (UNESCO, París, edición en castellano, 1976 y en inglés, 1977); *Historia de las ideas sobre electricidad y magnetismo* (Volumen 1, Electromagnetismo en la Antigüedad Clásica, 1993; Volumen 2, Electromagnetismo en el primer milenio de nuestra era, 1994; Volumen 3, Electromagnetismo en la Baja Edad Media, 1995; Volumen 4, Electromagnetismo en la Edad Media Tardía y el Renacimiento, 1996; Volumen 5, El tratado sobre la piedra-imán y la ciencia nueva de la electricidad---Electricidad y magnetismo en los comienzos del siglo XVII, 2020, e-book); *La moderna República Popular China* (Bogotá, 2019) y *La destrucción del saber por el fuego y otros textos* (Bogotá, 2021).

